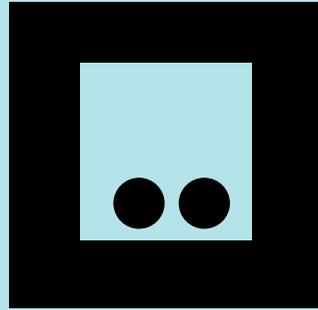


ALEX STERLING

Conversación en la Ventana



Colección Artes y Humanidades



Universidad
del Valle

Programa  editorial

Alex Sterling

Conversación en la Ventana



Colección Artes y Humanidades

Se tiene a la novedad como uno de los valores constitutivos de nuestra sociedad consumista. Prácticamente todo se vuelve obsoleto ante nuestros ojos, casi nada escapa al escrutinio de cada día. Ese afán por descubrir-a como dé lugar- lo original y lo inédito en las cosas que hacemos nos ha convertido en seres artificiales: pocos asuntos importan salvo el último grito de la moda. Por fortuna, en *Conversación en la Ventana* no hay ninguna prisa por complacer los efímeros dictados de la época (textos elementales, banales, genéricos; papillas fáciles de digerir). Aquí están el miedo y el horror de siempre, el silencio, la soledad, acaso el amor, el absurdo que arroja la condición humana desde la noche primera. No temo equivocarme al afirmar que *La coso aparente*-en mi opinión, el mejor relato de la colección- resume el extraño sabor que deja el libro: el hijo, el protagonista, *podría* ser el fallido padre ausente de sus propios padres; el *retoño* que él y su novia nunca tuvieron; el juguete con el que ya nunca jugará el niño desconocido que se arroja a los pies del penúltimo párrafo. Sostiene Michel Tournier que cuando un autor publica un libro "no ignora que suelta entre la anónima multitud de hombres y mujeres una bandada de alados seres de papel, vampiros secos ávidos de sangre que se desperdigan al azar en busca de lectores". Ojalá este libro descienda sobre ustedes y se hinche "de su calor y de sus sueños".

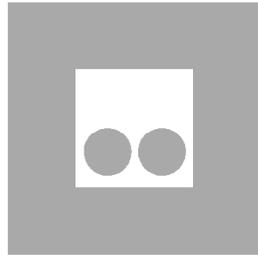
Carlos Patiño M.



Programa ditorial

Alex Sterling

Conversación en la Ventana



Colección Artes y Humanidades

Universidad del Valle

Programa Editorial

Título: Conversación en la Ventana

Autor: Alex Sterling

ISBN: 978-958-670-333-8

ISBN-PDF: 978-958-5164-34-5

DOI: 10.25100/peu.511

Colección: Artes y Humanidades - Jóvenes Narradores

Primera Edición Impresa abril 2004

Rector de la Universidad del Valle: Édgar Varela Barrios

Vicerrector de Investigaciones: Héctor Cadavid Ramírez

Director del Programa Editorial: Omar J. Díaz Saldaña

© Universidad del Valle

© Alex Sterling

Diseño de carátula: Henry Naranjo P.

Este libro, o parte de él, no puede ser reproducido por ningún medio sin autorización escrita de la Universidad del Valle.

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión del autor y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad del Valle, ni genera responsabilidad frente a terceros. El autor es el responsable del respeto a los derechos de autor y del material contenido en la publicación, razón por la cual la Universidad no puede asumir ninguna responsabilidad en caso de omisiones o errores.

Cali, Colombia, diciembre de 2020

*Gente mirando por la ventana.
Niños estupefactos ante sus juguetes
arrojados en el suelo.
Personas frente a una mesa con el alimento intacto.
Perros echados.
Choferes esperando en los semáforos.
Mujeres desoladas frente al espejo.
Hombres gordos postrados frente al televisor apagado.
Gente sentada junto a otra en situaciones incómodas.
Personas presidiendo conferencias poco concurridas.
Padre cargando consternado al hijo.
Hombres paralizados en el inodoro.
Barrendera a punto de barrer un salón inmenso
y completamente sucio y desordenado.
Vigilante en la garita en una noche silenciosa.
Estudiante frente a una hoja en blanco.
Niños mirando a sus padres desechos
después de un día entero de trabajo.*

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

ÍNDICE

Paisaje	9
Un perro	17
La perra secular	21
El hombre de al lado	27
La parábola del estafador y la musa	35
Aurora	45
Después	49
En mi urna	51
El cerco	53
El hermoso arte de hacer sangrar	63
Hacia el Barlovento	75
La cosa aparente	77
Pero aquí no	95
Despacio.....	99
Todos los hijos del padre	101
El equilibrista	115
Conversación en la ventana	123

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

PAISAJE

La mujer regresaba a casa. Corría porque no tenía más que hacer y además era bueno el día. El sol le gustaba. Había uno amarillo, con los contornos visibles que palpitaba tras un cerco de nubes blancas. Estaba justo sobre ella. Le quemaba un poco los hombros y ella sabía que pasado un día tendrían un color rojizo, a su hijo le gustaría, siempre le había gustado que los tuviera así, le había dicho *mamá bonita* y se había dormido después. Al mirar abajo vio que no tenía sombra. Se sintió alumbrada ella sola. Se sintió satisfecha con eso, se podía mover sin el peso de la sombra. Podía ir más rápido. Sonrió. Las hebras de pasto seco que crecían le rozaban los talones y unas gotas que se desprendieron del cielo le mojaron los párpados. Pensó que llovería y quiso esperar a que esto sucediera. Pero sólo fueron unas chispas. El sol seguía estallando con rabia y ella lo miraba y lo saludaba. El perro de su hijo venía a recibirla. Corría con la boca cerrada y los ojos felices. Le brillaba el pelo, pero no era como el brillo del oro, era como un reguero de orines resplandeciendo sobre un baldosa blanca. Igual era algo reconfortante, después de tanto tiempo fuera, ese perro significaba que ya había llegado, después de tanto. Dos días enteros, dos días con sus cuatro noches, buscando algo que comer para ella y su hijo, en una tierra sin caminos, que había que atravesar enterrándose entre los árboles y la maleza, pendiente de la suerte de encontrar algo en

medio o en las márgenes. Y una vez encontrada esa suerte, saber que nada de lo que llevara valía lo que un plato de comida. Pero regresar a su casa con algo en la bolsa y ver a su hijo dormir con migajas en la boca.

El animal estaba a pocos metros de ella; cuando se cruzaron éste siguió de largo y se hizo atrás suyo. Seguramente quería que jugaran, pero ella iba a ver a su hijo y eso no podía demorar. Fue de frente a la puerta, sabía que él la estaría esperando del otro lado, que habría puesto una silla a poco de la puerta y que habría estado allí sentado, sin moverse, durante horas, con la mirada clavada en la cerradura. Antes de abrir se detuvo y retiró con el pie la mierda del perro que estaba frente a la puerta, esto le causó risa y ni siquiera sintió asco al comprobar que se había untado los dedos. Contuvo cualquier emoción para no enterar al hijo de su llegada y giró el picaporte rápido; con un sólo movimiento entró y cerró la puerta. La silla estaba en efecto frente a ella, con un cojín encima. Su hijo no se veía y quiso saber dónde estaba de inmediato, no resistía un momento más sin lamer sus mejillas. Buscó en la cocina y desde ahí le vio contra una ventana, dormido, con los labios escurridos en el vidrio, el peso de su quijada le había hecho abrir la boca, parecía que fuera a morderlo con sus dientecitos amarillos.

“Se cortaría las encías, pensó, nunca lo he visto sangrar, si me hablara de cerca me escupiría sangre en la cara”.

Corrió hacia él en puntas para no despertarlo. Lo abrazó por la espalda y lo levantó. El niño abrió los ojos sin sobresaltarse y le dio un beso en los labios. No se dijeron nada, él le acomodó el pelo con las dos manos y luego se las pasó por la frente varias veces, hasta que sintió que las puntas de los dedos se le quemaban. La mujer puso en el mesón una bolsa que había dejado en la cocina, sacó de ella una galleta y se la pasó al niño, que estaba sentado sobre el mesón.

– ¿No la partes por la mitad? –le preguntó el niño girando la galleta entre sus dedos.

– No, puedes comértela toda, yo comeré ésta –dijo sacando otra de la bolsa.

– Solo puedo comer una mitad.

– ¿Por qué?

– Sólo puedo comer algo si lo comparto contigo.

– Entonces comeremos dos mitades –partió las dos galletas y tomó para sí una mitad de cada una y dio el resto al niño.

– ¿Así está bien? –dijo la mujer tratando de unir las dos mitades que le habían tocado. El niño respondió asintiendo con la cabeza. Luego levantó sus mitades y se quedó mirando a su madre en silencio.

– Lo olvidaba –dijo la mujer y metió sus manos a la bolsa – ¿Vino o leche? –preguntó sonriendo.

– Vino.

– No lo decía en serio, no puedes tomar vino.

– ¿Por qué?

– Podrías emborracharte, te dolería mucho la cabeza.

– Ya me ha dolido.

– Pero esto es peor.

– ¿Qué tanto?

– Tanto como si te tomaras la leche por los oídos.

– ¿Eso sería malo?

– ¿Qué crees que te pasaría si tuvieras la cabeza llena de leche? –le preguntó la mujer agarrándole las sienes. El niño la miró sin expresión.

– Pensaría cosas blancas –le dijo tomándola de las manos. La mujer le soltó la cabeza y guardó silencio mirando la bolsa. Luego le dijo.

– Te daré sólo una copa –dijo la mujer sirviéndole –pero será mejor que no te la tomes por lo oídos, no es bueno pensar en cosas rojas.

– ¿El rojo es malo?

– No, lo malo es pensar –dijo la mujer riendo y le dio un beso al niño en la frente.

– ¿Así sea en cosas blancas?

– No, en cosas blancas está bien, pero el blanco se mancha muy fácil y deja de ser blanco.

– ¿Cómo tu camisa? –dijo el niño señalando la camisa que ella tenía puesta, en la que había manchas de barro y pasto.

– Sí, como mi camisa. –le respondió la madre y se sentó en el mesón junto a él. Después de servirse un poco de vino sacó de la bolsa una vela y la puso entre ella y su hijo. Era una vela delgada y un poco arqueada. La encendió y se quedó mirándola un rato. Prendió un cigarrillo y lo contuvo en la boca. Un mechón de pelo le bajaba por la frente y quedaba a poco de la llama. La mujer meneaba la cabeza y pasaba la punta del mechón por la flama. La cara le resplandecía y los ojos se llenaban de un fulgor violento, que sin embargo la hacían ver inocente y vulnerable. El niño no dejaba de mirar el mechón y la mujer movía la cabeza con más rapidez y en oscilaciones más largas feliz de que el niño estuviera concentrado en esto. Luego se detuvo y unas hebras de pelo se consumieron crujiendo débilmente. La mujer acercó el mechón a sus labios y lo sopló, el niño quedó mirando directamente a su rostro. La madre cerró los ojos y el niño se apresuró a apagar la vela, de la cual salió una línea de humo que lo hizo toser un poco.

– ¿Por qué la apagaste? –preguntó la mujer.

– Porque es de día, ya había luz.

– Nunca hay suficiente luz –dijo la mujer para correr hacía la ventana de la cocina que aún conservaba las cortinas cerradas –siempre puede haber más luz, mira –de un jalón abrió la cortina y un brazo del sol entró a la casa y golpeó al niño en la cara. Él se echó un poco para atrás pero no parpadeó. Se levantó sobre el mesón y tras la ventana vio la hilera de montañas que salían de la tierra como olas de un mar de roca y lodo, con parajes verdes y plateados. Su madre le había dicho que había unos pocos árboles de hojas grises que en los días de sol brillaban como la plata, que quedaban muy pocos y que algunos hombres habían ido en su

búsqueda, creyendo que podían vender sus hojas por algún dinero, pero cuando llegaban a donde alguien las hojas grises se habían marchitado ya, como las hojas de cualquier árbol. Sin embargo para él seguía siendo fascinante la idea de un árbol con hojas como espejos. Nunca se lo dijo a su madre. La miró y ella se acercó.

– Ahora me dijiste que no podías comer algo si no lo compartías conmigo –le preguntó ella tomando un poco de vino de su copa.

– Sí, eso dije.

La mujer permaneció un tiempo en silencio, pensando.

– ¿Y qué has comido estos días que no he estado?
– preguntó ella encendiendo otro cigarrillo. El niño le miró a la cara y dudó en responderle, luego fingió un poco el tono y le respondió.

– Nada.

– ¿Nada?

– Nada.

La mujer aspiró el cigarrillo. Luego preguntó de nuevo.

– ¿Por qué?

– No había nada.

– Cierto –dijo ella metiéndose un dedo en la boca y tocándose el interior de ésta con él. Luego se sirvió otra copa de vino y la puso a un lado. El niño se acercó a ella y le habló al oído.

– Pero no me ha dado hambre –le dijo y le sonrió. Al ver que la mujer no decía nada el niño cambió su expresión.

– Mamá...

– Sí...

– ¿Has vendido lo que quedaba?

– No, nadie lo quiso comprar.

– ¿Por qué?

– No estaba en buen estado. –dijo la mujer. Se bebió la copa de vino de un sorbo y se sirvió otra, bajó al niño del mesón y le dijo que esperara, luego entró a su habitación.

El perro estaba aún sentado en el último lugar donde lo vio la mujer, esperando a que ésta se devolviera a jugar. Como la mujer no regresara o algo pasara, el perro podía haber estado ahí toda la vida, morir de hambre. El niño se asomó por la ventana del frente y le vio, puso la palma de la mano sobre el vidrio y el perro fue hacia ella. Cuando el perro llegó a estar al otro lado del vidrio el niño dio un fuerte golpe en éste que hizo que el animal saliera asustado hacia los arbustos. Pensó que su madre se habría reído con él de esto. Cuando el niño volteó vio un humo espeso que venía hacia él, como un puente perfecto que flotaba y le traía el aroma de los adultos, el aroma de la ropa de su madre. Ese olor agrio y muerto, le hizo apretar la cara y respirar profundo, y sintió que por la nariz le entraba el aliento ardiente de ella, mezclado con el aliento de gente desconocida. Siguió el humo, que cada vez le cegaba menos, hasta que sólo fue un hilo estremecido que subía lentamente desde el cigarrillo. Sin pensar en nada el niño tomó el cigarro y chupó con fuerza por el filtro, dándose cuenta en ese momento que ese era el sabor exacto de los labios de su madre. Alegre por esto tomó una bocanada y la arrojó contra la ventana y vio como el humo se destrozaba contra el vidrio, desapareciendo luego en el aire. Quiso hacerlo de nuevo, pero al aspirar sintió que esta vez era su cabeza la que se llenaba de humo. No pudo evitar abrir los párpados y sentir que el humo quería salir por ahí y comenzó a llorar de ardor, mientras que veía, a través de sus ojos húmedos y ahumados, que caía la niebla sobre las montañas siempre ardientes. Le gustó esa imagen y pensó que ésta era la razón inequívoca por la que su madre fumaba de tal forma. Aspiró otra vez más y su garganta se inundó de bilis, sintió un ardor en la boca y luego que todo lo que tenía dentro iba a salir por ella. Pero no botó el cigarrillo, regresó con él al mesón y se sentó a esperar

a su madre, como ella le había dicho.

La mujer había entrado al cuarto a bañarse. Se sentía cansada por el sudor, el barro y la mierda que tenía sobre su piel. Se desvistió y al mirar su cuerpo desnudo en el espejo recordó que no era sólo sudor, mierda y barro lo que tenía encima. Pero ya estaba en casa al lado de su hijo. Se acostó en la cama sonriendo y mirando el techo de madera roja que la cubría. Entonces sintió el olor del cigarrillo que llegaba por debajo de la puerta. Decidió ir a pagarlo antes de que ocurriera algo. Una casa de madera era como un atado de leña seca arrojado al suelo bajo un sol de mediodía y prefirió no correr el riesgo. Antes de salir se puso la camisa que se acababa de quitar y la apretó a la altura del pecho para no tener que abotonarse. Abrió la puerta. Sobre el mesón había un niño de no más de nueve años, con un rostro angulado pero suave, al que le había crecido el pelo en forma dispar y le cubría más un lado de la cara que el otro. El niño volteó a mirar a la mujer con ojos enternecidos y ella, bastante conmovida, le susurró que lo amaba, como el niño fue a responder la mujer vio brotar de sus labios un humo natural, liviano, que se replegaba en el techo y se escabullía por entre una tabla y otra, y como el niño le sonría y brindaba con ella con una copa casi intacta de vino. Paralizada sintió gritarle y reprenderle con furia, pero no pudo moverse. La mujer sólo podía ver un ser hermoso, con la piel de un ángel, que dibujaba un paisaje en el aire con su lápiz de fuego.

– Te extrañé, mamá –le dijo el niño. Mamá. Esa palabra le avergonzó. Tomó una silla y se sentó de frente a él, porque no halló más que hacer.

– ¿No te gustó el vino? –preguntó la mamá sin saber por qué lo hacía.

– No, es amargo –respondió. Entonces el niño pudo ver que su madre soltaba sus manos y las dejaba caer. Vio en sus ojos temor. Vio como su camisa se abría y pudo ver uno de sus senos, blanco y con el pezón del color de sus labios. No pudo evitar mirarla, no pudo evitar que aquello le pareciera hermoso y desco-

nocido, desconocido y sin embargo sabía que era suyo. Miró un poco más abajo y entre sus piernas encontró restos de su cabello, que crecían desde la parte que no podía ver en su espalda y que subían en una delgada línea hasta su ombligo. Vio su vientre con tres pliegues apenas dibujados, y quiso pasar sus dedos entre ellos y tocar la carne blanda de donde nacía el caminito de vellos. Vio su seno de nuevo, colgando del pecho. Sintió la paz en el alma y la tranquilidad. Esa fue su primera contemplación de un paisaje, más hermoso que la niebla de las montañas, que las flores del sol o la sonrisa del cielo. Sintió la necesidad de acercarse a ella y de alimentarse de su seno, se vio obligado a ello. La mujer vio como su hijo la miraba y no fue capaz de cerrarse la camisa, no fue capaz de negarle ver lo que para otros había merecido la galleta y el vino. El niño se acercó y besó sus labios y descubrió el seno que aún tapaba la camisa, lo acarició y se dejó caer en él. La mujer vio como su hijo lamía su piel y sintió sus dientecitos amarillos morderla, pero no era dolor lo que sentía, tampoco placer. Sabía que le había quitado años de encima, que era casi cuando estaba dentro de ella. Y en ese acto de amor recordó el sudor de otros y las montañas al amanecer y sintió que todo lo que veía al asomarse a la ventana era el lenguaje claro y preciso de la vida y de todo lo que ella representaba. Y supo que tras la muerte quedarían todas las visiones y los colores del día, las sombras de las noches oscuras y la improvisada luna que se alzaba sobre los árboles sombríos y que ese niño que tenía entre brazos no le pertenecía ni a ella ni a nadie y que todo lo que había hecho con él era un acceso de admiración de las cosas que había visto en cielo. Entonces apartó al niño de su pecho y le puso en tierra y salió desnuda de regreso a la vida con los hombres, porque no pudo resistir la gracia de la iluminación y la muerte le resultó demasiado lejana.

UN PERRO

Un Perro es un ser infinitamente antiguo, que a cualquier pregunta sobre su estado responde con un gruñido. Esta especie, de la que hay tantos y tan pocos, sólo encuentra su astucia en la enfermedad. Se beneficia de su propia infección, cauterizándola y volviéndola a excitar como si estuviera respirando... {La epidemia se contrae, la epidemia se expande, ocupa un espacio en los pulmones, se *arraiga*... }

Su anatomía es simple. Sus patas, que se han hecho para andar a ras del suelo, cuentan con cuatro dedos cada una – pero parecen cinco, son cinco– y en cada dedo se han servido desarrollar poderosas uñas de las que unos perros se avergüenzan y cortan regularmente, las que otros llevan afuera y afilan con notable disciplina y de las que algunos hacen uso sólo en ocasiones eventuales y bajo el consentimiento del tiempo y la profunda meditación. Su pelaje es brillante y viscoso y se ha reducido sólo a unas zonas del cuerpo. En el resto del cuerpo los folículos casi que han desaparecido, esto se debe a que los perros ahora no están sometidos al frío de la antigüedad. De esto se puede pensar que se ha levantado una nueva raza de perros, como se levanta el sol en las tierras enfangadas que le necesitan. Pero no, esto es pura apariencia. Los perros de otros tiempos vagaban por los caminos

y cruzaban las praderas, iban por los ríos, a favor y en contra, y nunca estaban dos veces en el mismo lugar. Requerían un pelaje fuerte y abundante, que les protegiera del mundo y de los hombres. Pero ahora han aprendido a no moverse. No se levantan. Escogen los rincones y aquellos lugares en los que nadie se fija para estar. Un perro puede estar toda su vida en el mismo lugar donde nació, y hasta se han dado casos de generaciones de perros que no se han movido de las faldas de un sofá o del interior de un horno. Un perro está sólo pero depende de los demás. Ellos prefieren no pensar en esto y si se les pregunta probablemente lo negarán. Tampoco puede llamárseles parásitos. Nada piden de los otros y no se podría decir que despierten lástima o conmiseración. Un perro mataría por esto, pero no dejaría de recoger lo que alguien ha arrojado al suelo. El suelo es suyo. También lo que encuentre sobre él. Esto no pone en duda su dignidad. La cabeza puede tener varias formas pero la más común se alarga varios centímetros después de la garganta y cae suavemente en la nuca. En el centro de ésta hace visos de una esfera achatada y suele tener protuberancias más o menos simétricas. De éstas se sirve para comunicarse con otros perros y hasta tienen funciones estéticas. Puede pasar que el perro nazca sin alguna de estas partes, se han visto casos de cabezas absolutamente esféricas y lisas, y cuando esto pasa el perro suele ser abandonado por los demás a la orilla de un río o puesto en un museo de objetos extraños. A estos museos no entra nunca nadie y a veces se les toma por gigantescos panteones. Por otro lado el nacer con las partes enteras y en buen estado no garantiza la compañía y la condolencia de los demás perros. Nada lo garantiza.

Ha desarrollado un lenguaje efectivo y claro. Ya no ladra, y cuando lo hace se esfuerza más en el gesto de la boca que en el sonido mismo. Esto es una pose, aunque los perros detestan las poses. La sintaxis de su discurso se reduce a decir siempre lo mismo en el mismo tono. Un perro procura no discurrir en detalladas descripciones aunque suele, odia cuando esto pasa, caer en hipérbolos acerca de su condición. Por tal razón no es sano creer en él cuando cuenta sus sueños.

Un perro no hace parte de instituciones, su conformación interna no las concibe y apenas puede entender como otros organismos se soportan unos a otros en sesiones indecibles cuyo único objeto es organizarse en contra de otros. Un perro no odia pero podría matar a quien le ama ya que se ha ejercitado durante años en un acto de soledad bajo la seguridad de que allí se halla la tranquilidad.

Aún así, en los últimos tiempos, se ha visto obligado a dormir en las faldas de las ciudades y a admirar consternado el espectáculo de la fascinación por la belleza y la felicidad.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

LA PERRA SECULAR

La santa más vieja del mundo, la última bajo el sol, se acercó a la ventana de su cuarto. Le pareció más ancha y luminosa que de costumbre. Nunca la había visto así, tan amplia, tan insoportablemente abierta. Miró por última vez a través de ella. Vio las montañas más altas, inalcanzables, casi no podía observar sus cumbres. El cielo está muy lejos –pensó –ahora la cerraré. Se detuvo un momento. Se fijó en sus manos –estoy vieja –dijo lentamente mientras cerraba la ventana –estoy vieja y el cielo está muy lejos.

Afuera, en el patio interior de su casa, algunos niños jugaban. La santa, quien oía muy poco, supo que eran sus nietos. Se apresuró a salir. Ya afuera, frente a la puerta recién cerrada, sintió que la total oscuridad que ahora reinaba en su cuarto le afectaba como si aún estuviera en él. Volteó hacia los niños. Sólo uno de ellos notó su presencia, el otro seguía corriendo alrededor de éste y prontamente lo absorbió. La santa se fijó en el calamitoso árbol que crecía en la mitad del patio. Daba tan poca sombra que se podía pensar que era transparente. Los niños se columpiaban en él. Tal vez por eso nunca lo habían cortado, por lo demás era totalmente inútil. Tras ver el árbol la santa se sintió un poco menos vieja, pero los niños, que estuvieron a punto de atropellarla

en medio de sus juegos, la regresaron a su condición natural.

Su hermana, bastante menor, se aproximaba con el rostro recién lavado y una pequeña toalla en las manos. Se posó al frente de la anciana e intentó hablarle.

– Anoche escuché unos ruidos...

– Tráeme a tu hija –le ordenó la santa sin dejarle terminar.

La hermana entró a un cuarto no muy lejos del de la santa y volvió al momento con una niña de unos diez años.

– Déjala, ahora retírate a tu cuarto y no salgas de ahí hasta que yo haya muerto.

La mujer se retiró con la vista clavada en el piso. La santa le siguió con la mirada hasta que ésta llegó a la puerta. A la mujer le fue imposible ocultar su sorpresa e impotencia al entrar al cuarto. Se escuchó el crujir de la cerradura al ser asegurada. La santa miró ahora a la niña.

– Desnúdate – dijo la santa como quien cuenta algo que va a pasar. La niña, visiblemente atemorizada, dejó caer el gastado vestido que la cubría.

– Date media vuelta –le dijo mirándola detenidamente mientras le ayudaba a girar. La santa entonces comenzó a tocar a la niña, su pecho, sus nalgas, su pequeña vagina. La niña temblaba y sudaba. La santa no se inmutaba y continuaba tocándola, como si estuviera pasando sus manos por una roca.

– Cúbrete –la niña tomó su vestido y notó que los dos niños la miraban confundidos. Con algo de esfuerzo la santa se puso en pie y se dirigió hacia los niños. Uno de ellos trepó el árbol rápidamente, mientras que el otro sólo pudo retroceder un paso.

– Ve donde el hombre que vive en la ciénaga, dile que

venga –El niño, tras una momentánea parálisis, salió de la casa corriendo torpemente. La santa le indicó a la niña con el dedo que se parara junto a ella. Luego dirigió su mirada hacia el árbol, donde el otro niño se balanceaba en una rama. Esto bastó para que éste bajara silencioso y sin respirar. La santa los hizo sentarse en el suelo y les dijo que esperaran. Luego caminó despacio hacia un muro cercano y apoyó su rostro en éste. Empezó a murmurar:

...Estoy bendita, estoy maldita
Soy una santa
Santa es mi palabra
Santo en mi perdón
Santo es mi castigo
Mi santa maldición
Estoy bendita, estoy maldita..

La niña le escuchaba inmóvil pero se resistía a hacerlo. El niño no escuchaba nada y se esforzaba por lograrlo. El árbol crepitaba bajo la mirada ocre de un sol que no sabía parpadear. La santa seguía murmurando:

...Estoy bendita, estoy maldita
Pena
Pena
Pena
Estoy bendita, estoy maldita...

Las pocas hojas del árbol empezaron a caer entonces. Una ventisca pasó con tanta fuerza que las ramas parecían ser articuladas. Los niños cerraban los ojos e intentaban ir más allá del momento, pero los murmullos se volvieron más repetitivos y aturdidores.

...Estoy bendita, estoy maldita...

Se sintieron unos pasos apresurados que llegaban de la calle.

El tercer niño entró corriendo. Tras él llegó un hombre. El niño se sentó junto a los otros, estaba agitado, se sobaba los pies y miraba con un gesto difícil de definir a la santa. La niña estaba sonrojada y su pequeño cuerpo se inflaba con una respiración irregular. La santa se quedó en silencio por un instante y luego giró hacia el hombre que se acercaba.

– Necesito algo de usted – dijo la santa al hombre casi sin mover los labios, con la voz de alguien al que le falta la lengua.

– Espero que me sea conveniente –gruñó el corpulento hombre que estaba tan sucio que sólo su imagen fastidiaba las fosas nasales.

– Acérquese – dijo la santa.

El hombre movió su pesado cuerpo a través del patio. Sus pies removieron las hojas recién caídas y estas fueron a amontonarse alrededor de los niños. La santa le indicó al hombre que se agachara para poder hablarle, pero éste era tan alto que tuvo que arrodillarse y apoyar las manos en el suelo para poder quedar a la altura de la santa. Ella acercó su cabeza a la del hombre y le sopló algo corto al oído. El hombre se levantó despacio mientras la santa se alejaba y le señalaba una habitación.

– Ahí –le dijo. El hombre se acercó a la niña y le sonrió. Corrió el pelo que caía sobre su rostro con uno de sus dedos. La niña lo miraba con estupor. Luego la tomó entre sus brazos y la levantó. Uno de los niños trató de detenerlo pero el hombre lo apartó suavemente con un pie. Entonces se encaminó a la pieza indicada, esta vez con más prontitud. Con el pie izquierdo abrió la puerta y con el derecho la cerró. La santa volvió al muro.

...Estoy bendita, estoy maldita...

...Soy la santa que...

Los niños se sumergieron entre las hojas. Se retorcieron en ellas,

se retorcieron en ellos mismos. Pasaron algunos minutos. La puerta pareció abrirse. Pero fue sólo la luz del sol que burló a la realidad. Pasaron horas. Anocheció, amaneció, una y otra vez. Finalmente la puerta se abrió. El hombre salió y sin decir nada se dirigió a la calle. Los niños habían perdido el habla y las hojas la forma. La santa seguía musitando algo pero ahora con menos fuerzas. De repente, cuando el mismo sol se había callado, emergió de la pieza en sombras la figura de la niña, con el pelo escurrido en la cara, con millones de lágrimas petrificadas bajo los ojos, con mil silencios contenidos en un grito que nunca emitió. Estaba encorvada. Su cuerpo dibujaba una curva que se perdía en el ombligo. Dio apenas unos cuantos pasos fuera de la pieza y se detuvo. Ni a la santa ni a los niños les quedó duda que nunca se movería de allí. Fue en ese momento que la santa se acercó a los niños, que reprobaban inexistentes junto al árbol, y les ordenó:

– Vayan tras ese hombre. Cuando esté solo, mátenlo.

Los niños se tomaron de la mano, les fue inevitable llorar y obedecer. Salieron ambos, despacio, con el peso de la adultez sobre los hombros, alternando los pasos con los gemidos. La santa se acercó a la niña, que jugaba con sus dedos.

– Has pecado –le dijo serenamente mientras la despojaba de su vestidito nuevamente. La empezó a tocar de nuevo, esta vez inspeccionándola. La niña al principio pareció encogerse del asco, pero sin que se notara estuvo quieta e indiferente. La santa le pidió que se arrodillara y que colocara las manos en el piso.

– Has pecado. Tienes que ser castigada – Entonces arrancó una delgada rama del árbol y se hizo atrás de la niña. Comenzó a fustigarla con una fortaleza impropia para su edad. La niña gemía despacio y entrecortado. La sangre brotó fácilmente. La santa redobló la intensidad y la fuerza, llevada por los quejidos de la niña. Luego de largo tiempo y cuando la niña estaba a punto de desmayarse, la hermana de la santa comenzó a gritar desde su pieza. La santa se agachó y tomó una roca grande. La hermana

amenazaba con salir si no le contaban qué estaba pasando.

– Ve y lava esta piedra –le dijo a la niña que con gran dificultad la cargó y se perdió en algún recoveco de la casa. La hermana de la santa seguía clamando enardecida. La niña volvió con la piedra.

– Ahora ve y mata a tu madre –la niña dio media vuelta con la piedra y se quedó inerte. La santa empezó a murmurar:

*...Estoy maldita, estoy maldita
Soy una santa perra
Santa será mi condena
Y perra mi maldición
Estoy maldita, estoy maldita...*

La hermana siguió gritando. La niña entró en la pieza. Silencio. La niña salió con las manos vacías. Se estacionó frente al árbol mirando para adentro.

– Ahora eres una santa – le dijo. La niña, que todo ese tiempo había permanecido en silencio, abrió sus pequeños labios y preguntó despacio:

– ¿Por lo menos irá al cielo? – La santa, mirando las montañas, le respondió con firmeza:

– Eso no pasará... el cielo está muy lejos.

Y ya los dos niños volvían convertidos en hombres.

EL HOMBRE DE AL LADO

A mi lado hay un hombre. Tiene el rostro suave y los ojos algo apretados. La nariz le cae de los ojos en un sólo movimiento recto y se respinga un poco al final. Viste de café en varios tonos y lleva un pequeño sombrero de ala corta sobre la cabeza, se lo acomoda para ambos lados y cuando encuentra el lugar exacto lo hunde un poco para que no se mueva. Sostiene su mano derecha sobre un bastón apoyado en el suelo, de ella penden cinco dedos cortos y fuertes, pese a esto no se podría decir que tiene manos de trabajador, tiene uñas bien cuidadas, la piel es lisa y tersa y no se notan cicatrices ni callosidades. Sea lo que sea que haga no lo hace con las manos, aunque tampoco tiene apariencia de intelectual o científico. Hay cierta candidez en su mirada, como si viera todo por segunda vez y aún no lo comprendiera pero tampoco le inquietara demasiado. Ha de ser comerciante o viajero. Se rasca la pantorrilla con la punta de su bastón y hace cara de estar cumpliendo una obligación con esto, cosa que me parece un poco enferma y un poco sana. Esta operación dura un tiempo considerable y me comienzo a interesar más allá de mi lugar como observador. Intento buscar su mirada por largo tiempo pero es imposible, nada lo separará del placer de rascarse. Aún así continúo mirándolo, es la única persona que

hay en este lugar y tendré que esperar toda la noche junto a él, así que pienso que lo mejor es que intercambiamos algunas palabras para no aburrirnos. No me interesa conocer nuevas personas, con las que conozco basta. Pero eso no me preocupa, éste es un lugar de paso, muy lejos de casa, y seguramente nunca lo volveré a ver, sería sólo una compañía momentánea que me distraería de preocupaciones que de presentarse durante toda la noche, en total silencio y soledad, de seguro que acabarían por hacerme caer en cierto tipo de malestares ya olvidados. Así que no busco su amistad ni sus favores, la situación en la que nos encontramos es meramente circunstancial; el lugar se ha ido vaciando en poco tiempo hasta que finalmente me he sorprendido a solas con este hombre, nadie más nos acompaña y ya se hace tarde como para que lleguen nuevas personas.

Finalmente ha terminado de rascarse dejando el bastón a un lado como si ahora se le hiciera insoportable tenerlo entre las manos. Giro un poco en mi asiento en dirección a él, sólo un poco, no quiero ser muy evidente, e intento cruzar su mirada nuevamente, aprieto los párpados y contraigo las mejillas, pienso en lo que va a pasar y en como reaccionaré. El hombre por fin se inmota y deja de mirar al frente, su mirada se desplaza por el aire, me alisto para recibir sus ojos pero su rostro se desvía hacia el suelo y despliega la mirada sobre sus pantalones. Los mira en principio algo extrañado y luego parece agradecer llevarlos puestos, hace bastante frío en este lugar y apenas llega la noche, faltarían horas para que el sol se levantara y calentara un poco. Por lo mismo el hombre busca ponerse cómodo escurriéndose un poco en la silla y bajando el sombrero a la altura de los ojos. Pienso de nuevo que si lo dejo dormir estaré solo durante largas horas y, ya que me es imposible dormir fuera de casa, debería permanecer despierto, de cara a la noche y a mí mismo. Entonces me decido a abordarlo directamente, tal vez tocándole ligeramente el hombro o hablándole de cerca. Pero temo parecer impertinente, a mí mismo me molestaría que se me interrumpiera cuando descanso o cuando no he dado ninguna muestra de querer hablar o de saludar a nadie. Debo actuar rápido,

antes que se duerma profundamente o se cubra totalmente el rostro con el sombrero, porque entonces ¿Cómo lo abordaría? ¿Cómo hablarle a un hombre que se esconde del mundo bajo su sombrero? Una actitud tal es tajante y me dejaría a mí solo, obligado a soportar su plácido sueño, su tibia respiración durmiente. Debo acercármele ya. Noto que todavía, pese a su pose aliviada de hombre dispuesto a dormir, conserva los ojos abiertos y que le tiemblan las rodillas como si estuviera pensando en algo, pero eso puede acabar pronto. Me levanto de mi silla y me paro a unos pocos metros de él fingiendo contemplar el cielo. Error. Hace una noche bastante oscura y sería poco convincente que alguien mirara con detenimiento una noche sin luna ni estrellas, además hubiera podido hacer lo mismo desde mi silla. Así que continúo y me siento a una silla de distancia suya, dejando salir un aire de descanso al recostarme para que note mi presencia allí, no quiero asustarle. El hombre levanta un poco su sombrero y mueve la cabeza en señal de saludo, lo hace mirando mis manos y noto que su gesto es el mismo que cuando se deshizo del bastón, luego vuelve a la posición inicial y deja caer el sombrero sobre los ojos. Yo dejo de mirarlo y finjo tararear una canción que verdaderamente no existe. Este hombre me ha ofendido, ¿qué manera es ésa de saludar a un hombre que se acerca con buenas intenciones? Hubiera podido estirar su mano o por lo menos levantarla un poco y seguramente una sonrisa hubiera ido bien, no es algo muy difícil de hacer, ¿qué se cree que no puede saludar correctamente a un hombre? Dejo pasar un tiempo y el hombre, aunque todavía no duerme, continúa sin moverse y el sombrero le ensombrece la mirada. Decido hablarle a pesar de todo y preguntarle el porqué de su mala actitud. Me levanto y me paro al frente suyo.

– Disculpe usted, no quisiera molestarlo, pero, ¿se ha fijado en la soledad de este lugar? Digo, estamos usted y yo completamente solos desde hace un buen tiempo, dos personas, en un lugar como éste, en una noche, como usted podrá ver, absolutamente profunda y ennegrecida, en la que uno podría perderse para

siempre no más mirando el cielo, en la que muchas cosas le podrían pasar a uno, digo, si estuviera solo, y nadie vendría a socorrerle, imagínese usted, completamente solo en este lugar, en una noche de éstas, y que algo le pase a usted, ¿quién vendría a ayudarlo? Nadie, se la pasaría usted gritando hasta que a su madre le doliera el corazón, pero ella no vendría, si le escuchara, y sabe usted que eso nunca podría pasar, no alcanzaría a llegar antes de que todo pasara, se quedaría usted sin aire, si es que en ese momento no le sangra a usted la garganta lo suficiente como para no poder gritar, sí ve, si estuviera solo, cuántas cosas le podrían pasar, ni siquiera le voy a hablar de eso, ya las imaginará usted; mire esos árboles, ¿los ve? No se sabe cuántos peligros esconden sus ramas, detrás de las hojas, como puede ver estamos rodeados de ellos, por donde usted mire verá árboles, o creará verlos, porque de la oscuridad sólo se salva la silueta, no se percataría usted de que algo se acerca hasta que lo tuviera encima suyo, y ahí ¿qué podría hacer?... Ah, pero si hubiera alguien con usted, correría a prestarle ayuda, o a lo menos le advertiría del peligro, un grito sería suficiente, y usted podría prepararse, nada le sorprendería ¡Nada! Y pasado esto ¿con quién comentaría usted el episodio? Pues con quien le ha socorrido, eso es lo que haría un hombre correcto, pasarían las horas y usted escaparía al aburrimiento conversando con aquel que le ha salvado, no se vería obligado a agradecerle, con su atención se bastaría para sentirse correspondido, imagínese usted, una noche así, en que uno se podría enfermar sólo por la oscuridad y el frío, sin nadie con quien poder hablar... tal vez ese fuera el mayor peligro, ver las horas pasar espesas, tanto que usted tendría tiempo para acordarse de todo, de todo cuanto a usted la ha pasado, y estando solo eso lo destruiría; pero si viniese alguien y le distrajese, ese alguien lo libraría a usted de tan desgraciada situación, la más horrible de todas... y fíjese, con qué suerte cuenta usted esta noche, estoy yo aquí, y usted al frente mío, y he venido a ofrecerle mi compañía para salvarlo de todas esas cosas que le hubieran podido pasar... yo me hubiese sentido honrado con tal acción, ¿pero qué ha he-

cho usted? Ha levantado su sombrero tímidamente y ha vuelto a encorvarse en usted mismo, cuidando la carroña de otros buitres, me hubiera podido morir aquí, a solo unos metros suyos, y usted ni se habría dado cuenta, o tal vez sí y no le hubiera importado en lo absoluto, pensando posiblemente “*a mí no me pasan esas cosas*” pero le pasarían, créame que le pasarían, ¿no ha pensado usted en eso?... Dígame, ¿no lo ha hecho nunca?

El hombre, que me ha escuchado sin moverse, retira su sombrero amablemente y me habla – ¿Quiere usted sentarse?

Sólo entonces, desde ese ángulo, noto que el hombre lleva una cuna al lado, seguramente en ella ira su hijo, que puede ser hombre o mujer, y hasta pudiese ya caminar y sólo duerme en la pequeña cesta de mimbre, ¿cómo es que no noto un detalle tan importante? Me dispongo a sentarme y ya no puedo mirar a aquel hombre a la cara, ¿qué le diría después de tan hondo descuido? El motivo de su desinterés es ahora tan grande que me aplasta; un hijo requiere de total atención y no permite distraimientos, ¿cómo es que no he visto la cuna?

– ¿Cómo se llama usted? –me pregunta sonriendo sutilmente, podría pensar que es de buena familia por sus modales, y gira un poco hacia mí. Le doy mi nombre, ahora tan apenado que me tiembla la voz.

– Tiene mucha razón, es una noche oscura, hace un momento estaba pensando justamente en eso, pero si se fija bien, allá en lo lejos se escucha un pájaro, seguramente una rara ave de las que emigran de muy lejos, y sólo eso me ha tranquilizado lo suficiente como para poder esperar aquí, ¿no lo escucha? –me concentro un poco y a lo lejos, tal vez tras una montaña, escucho que un ave silva delicadamente, a pesar de la hora, y hasta hubiera podido pensar que era un cantar reconfortante. Pero ya no puedo.

- ¿Cómo se llama? – le pregunto señalando la cuna.
- ¿A qué se refiere? – responde algo extrañado.
- A su hijo.

- ¿Cuál hijo?
- El que tiene usted en la cuna, ¿no es acaso un bebé lo que lleva usted ahí?
- No, en lo absoluto.
- Pero cómo, ¿qué podría llevar un hombre en una cuna además de un bebé? ¿Quiere usted acaso engañar a los demás fingiendo llevar un bebé? ¿Quiere ganar la condolencia de las señoras y la sonrisa de las muchachas? ¿Qué clase de farsante es usted? –le pregunto agitando mi mano empuñada cerca de su cara.
- No señor, se equivoca, no soy ningún farsante.
- ¿Y qué lleva usted entonces en una cuna?
- Un perro.
- ¿Un perro? – le respondo consternado mientras guardo las manos en los bolsillos de la chaqueta.
- Si, eso, un perro.
- ¿En una cuna?
- Es el mejor lugar para llevarlo
- ¿A un perro?
- A un perro.
- Pero lo sacará usted eventualmente.
- ¿Por qué lo dice?
- Un perro necesita cuidados
- Con no dejarlo caer basta.
- Pero cómo, ¿no le brinda usted otras atenciones más que evitar que se estrelle contra el suelo?
- Habrá que limpiarlo eventualmente.
- ¿Sólo eso?
- Sólo eso, por lo menos hasta que lo venda, el dueño verá qué hace con él.
- El animal debe estar en un estado deplorable, con tan pocos y eventuales cuidados.
- Se equivoca, está más hermoso aún que cuando lo recibí.
- Me gustaría verle.
- Estaría encantado de mostrárselo, pero está envuelto

en varios paños, mire como lo cuido, y tardaría un poco...

– ¿Lo ha envuelto usted en paños? – le pregunto con visible rabia.

– Es la mejor manera de cuidarlo. – responde sin alterarse.

– Realmente me gustaría verlo.

– ¿Realmente?

– Sí.

– En ese caso se lo mostraré –y poniendo la cuna sobre sus piernas retira los paños que lo cubrían, es ahí que veo brillar un hermoso y paralizado perro blanco.

– ¡¿Qué diablos es eso?! –le pregunto empuñando mi mano bajo la chaqueta.

– Un perro.

– ¿Un perro?, ¿dice usted que es un perro? Es una porcelana hombre, una porcelana.

– Claro que lo es, y muy fina.

– Entonces me ha ignorado usted por cuidar de una porcelana.

– ¿De qué habla?

– Olvídelo.

El hombre guarda silencio un momento pero no se ve demasiado turbado. Yo me encojo en la silla. La noche se ha aclarado un poco y el ave que antes cantaba ahora es acompañada por otras, realmente es una hermosa canción la que cantan. Me levanto de un brinco.

– ¿Se va usted? –me pregunta el hombre mientras envuelve el perro entre los paños.

No le respondo y vuelvo a mi lugar mirando hacia el cielo. Alcanzo a ver una estrella y me dispongo a pasar la noche completamente solo.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

LA PARÁBOLA DEL ESTAFADOR Y LA MUSA

La capacidad de juzgar los hechos tomando una parte por el todo provoca que determinadas circunstancias dejen de ser inobjetable para ser subjetivas. Los mecanismos dialécticos que se utilizan para defender algo que ha caído en esta categoría no conciernen ni a la metafísica ni a la adivinación. El uso de la razón pura impera... o a lo menos debería hacerlo. Sin embargo, dada la misma lógica, es posible dilatar la perspicacia a niveles siderales hasta lograr la exención de conciencia que otorga la inmunidad necesaria para mentir sin escuchar el murmullo de la circunspección tras los pasos de aquella mentira. Es menester recurrir a estratagemas cada vez más complejos para persuadir receptores cada vez más escépticos. Verosimilitud, ése es el término.

EL TREN

El episodio en la estación llegó a afectarlo tanto que el tiempo en el tren fue sólo una circunstancia incuantificable que pasó desapercibida a su noción del tiempo. Estuvo ahí, en medio de

sillas que para él únicamente representaban objetos dispuestos accidentalmente sin ningún tipo de orden. Flemático, vertical, sólo ocupado en su procesión interna sobre aquello que había visto y que, al parecer, fue limitado sólo al acto por los demás mientras que para él fue una señal, un signo en que coexistían la claridad y la confusión en proporciones análogas. Una iluminación. Aquel animal, tan grande y rabioso como el odio del mundo, de extremidades decididas y mortales, había encontrado en el aire el oxígeno necesario para respirar por sí mismo, rehusándose a ser montado, destrozando todo a su paso en su levantamiento, llegando a la misma estación, atravesando con sus furiosos cascos nudos de gendarmes y puertas giratorias. El pánico fue la escupa del diablo que se estrelló contra la cara todos, que se desparramaron de terror como una baba espesa y convulsa. El caballo se hizo al centro de la escena y con dos, tres brincos despejó un radio de varios metros a su alrededor, esperando a que alguno se moviera para ir contra él. Eso fue rápido. Entonces, de un tren, que venía de un poco más al sur, descendió un hombre con un pequeño maletín de cuero. Era un hombre mediano, con una decidida calvicie y lerdo y para nada parecía ser de los decididos y arriesgados. Pero caminó hacia el animal como yendo hacia un río seco. Su pasmosa tranquilidad en medio de esa convulsión humana llamó la atención inmediatamente, la bestia misma pareció calmarse un poco y concentrarse en aquel hombre. Sus pasos, algo lisiados por su misma cautela, eran firmes, pertinentes, como si cada uno fuera dado a conformidad de los que estaban presentes, como si todos los estuvieran dando por él. El caballo, a pesar de su momentánea parálisis, conservaba el brillo devastador en los ojos. El hombre se detuvo y de su maletín extrajo una pequeña flauta de madera. El animal, visiblemente atraído por la pasividad del único que parecía no temerle, se acercó a éste con la convicción firme de aplastarlo, amedrentando a todos los presentes, menos al objeto de sus pasos, quien se limitó a acercar la flauta a sus labios y a soplar despacio algo que sonó como un cielo que se cae. La última nota, la más prolongada de todas, causó un efec-

to inmediato en el animal, que no sólo dejó su cólera si no que sucumbió ante el encanto del flautista y se dejó montar de éste, quien sonreía y se alejaba por la puerta destrozada en medio de la ovación de los hombres y la impudicia de algunas mujeres. Al salir, sobre el caballo, todos comentaron por algún tiempo su proeza, pero la rutina que secundó a esta reacción dio visos de que para todos fue sólo una anécdota más, un suceso sin relevancia alguna cuya única consecuencia fue un pequeño atraso en el orden de las salidas. Pero para él, que lo había observado todo desde su silla, esto fue algo que predestinaba su futuro, una señal a la que en el momento no podía hallarle significado pero que ocupaba su pensamiento infatigablemente.

La llegada a la estación final fue para él un tanto simbólica, daba por vencido su plazo para deducir lo que esta experiencia le habría dejado y para razonar sobre su utilidad. No era dado a traducir acciones en visiones, y hasta se diría que en otro momento aquel flautista le hubiese parecido un absoluto imbécil, le molestaban los hombres pequeños y calvos así como las enseñanzas de la naturaleza, y a decir verdad, en ese momento se sentía algo imbécil él mismo por preocuparse por algo así, pero aquel acto fue contundente y lo golpeó en la cara como una verdad del tamaño de los océanos. El tren se detenía con lentitud mientras a sus ojos se iba mostrando una edificación de madera, ligeramente descuidada, pero llena de imágenes que se le hicieron familiares. Tantos rostros, el humo de la locomotora que se mezclaba con la neblina que aún no se difuminaba, tantas personas, tan sumergidas dentro de sí, nadando en quién sabe qué fosas en la cabeza, tantos mundos, tantos destinatarios... Bajó las escalinatas y aterrizó en el maderamen mientras sentía que dentro de él algo se procesaba.

ESTACIÓN FINAL

“¡Una distracción! He visto lo que debía ver, pensó, todo esto es un sofisma, un débil argumento que tiene tanta esté-

tica que se hace irresistible hasta para el más desconfiado. Imágenes alejadas del pensamiento, eso puede con todo...”

Pensó casi en voz alta todo esto y se quedó en medio de la plataforma de llegada mientras ráfagas de personas bajaban y subían interminablemente. Todo estaba en continuo movimiento, tanta fluidez y efervescencia parecían asfixiarlo, las sombrillas veteadas de colores ácidos de las señoritas y los sombreros impecables de los señores le hicieron sentir una contracción de asco y sólo pudo entrecerrar los ojos y moverse manoteando entre los cuerpos que lo tocaban y le obstruían el paso. Tomó asiento en una banca que se encontraba no muy lejos del lugar en donde estuvo todo ese tiempo. Entonces se distrajo levemente de su descubrimiento y pensó en que todos iban prestos a servir a alguien que nunca les agradecería, pensó en el dueño del inquilinato, lo odió, sabía que tenía varias razones para matarlo, todas justificadas y justas, sabía que el mismo Dios se lo hubiera consentido. Pensó en la discusión que habían tenido el día anterior, antes de él marcharse al sur, a arreglar ciertos asuntos, bajo la excusa de conseguir dinero para pagarle los meses atrasados, recordó la forma en que el tipo prometió echarle a la calle si no le pagaba, recordó como había explotado, la rabia que lo invadió, recordó la bofetada y la sentencia que sobre él había dejado caer el dueño, el maldito gordo del grande de tres hombres, gritándole que si a su regreso no tenía el dinero se iba a arrepentir, recordó el rostro de los vecinos entrometidos, su aparente solidaridad con el gordo, que se negaba a dejarle en paz; todos son igual de mezquinos, pensó en ese momento, todos son unos miserables inquilinos que sirven al maldito gordo justo cuando él quiere. Se vio recordando tantas cosas que quedó exhausto; en poco tiempo se quedó dormido desliziéndose a lo largo del banco.

Al despertar creyó haber olvidado todo en lo que invirtió las horas recién pasadas. Lo hizo sobresaltado, totalmente extraviado, ajeno a todo lo que se movía a su alrededor. Miraba para los lados en busca de algo que lo ayudara a hallarse. Entonces, de soslayo, vio una línea que iba tomando la forma de algo hermo-

so. Al fijar su mirada en aquella forma pudo notar que era una mujer, una mujer delgada, blanquísima, garbosa y de pelo negro. *“Es lo más hermoso que he visto en mi vida, pensó, debo tenerlo”*.

Era una mujer que notoriamente poseía algo tan particular que seguramente no se le podría llamar por un nombre, habría que decir que no era muy hermosa y que acaso si podría encontrarse algo de armonía entre sus partes, pero a él le pareció que estaba a tantos metros sobre el nivel de la tierra, y de él como humano, que se entristeció antes de intentar hablarle. Sin embargo recordó entonces los instantes pasados, lo imbécil que se había sentido pero lo bueno que era sentirse así y las conclusiones a las que había llegado. Sonrió. Casi pudo ver las consecuencias de lo que ahora estaba a punto de intentar. Sonrió con más ganas al sentir algo en su bolsillo derecho y constatar que era el reloj que había comprado en el lugar de donde acababa de llegar, que tan poco le había costado. Era una pequeña pieza ensamblada en algún país con mucha gente y poca comida, visiblemente ordinario y de caducidad reducida, pero muy bien falseado en oro. Con más agrado aún vieron sus ojos ese irresistible brillo dorado que lo cegaba. Brillo de oro falso, que en poco tiempo se iría. Ésta es mi flauta, pensó.

Tomó el reloj entre sus dedos y le tocó ligeramente el hombro a aquella mujer.

– Creo reconocerte, le dijo mirándola tranquilamente, pero seguramente no te acuerdes de mí. Nos hemos visto en otro lugar, bajo otro cielo, y, por favor créeme, me reconforta tanto volver a verte que te he traído un pequeño regalo desde donde vengo.

Se sintió absolutamente imbécil por lo que acababa de decir, pero tenía el reloj con él y eso era suficiente. Le pasó el reloj y la mujer al mirarlo dijo fascinada –Es hermoso, es lo más hermoso que he visto –Y le sonrió. A su vez él, estirando la mano le res-

pondió –Mucho gusto de nuevo –Y besó su mano suavemente
–La tengo, me comporto como un imbécil, pero las palabras de los imbéciles bastan para conseguir lo que se quiere cuando uno sabe distraer –Pensó. Luego...

- ¿Sabes qué te he dado?
- No.
- Tiempo.
- ¿Tiempo para qué?
- Tiempo para conocerme nuevamente.

Ella, sorprendida, sonrió algo avergonzada, por ella y por él, ante la extraña insinuación del hombre. Le pareció algo patético, pero atractivo. Luego, sin decirle nada, el hombre la tomó de la mano y la condujo fuera de la estación. Ella no sabía por qué le seguía, pero realmente había visto un lindo reloj. Él no podía creerlo, él nunca había tenido ninguna clase de fortuna con mujeres, ahora llevaba a la más bella que había visto sólo por haberle mostrado un reloj.

“Esto es increíble, un reloj, un ordinario reloj barato, un estúpido reloj barato de imbécil”

- Mucho gusto en conocerte nuevamente – Le dijo la mujer riendo.
- Estás más hermosa que antes, por eso te daré más tiempo –Le dijo él con un tono impostado.
- ¿Tiempo para qué?
- Tiempo para besarnos.
- Imprudente.
- Si soy imprudente, ¿por qué permites que me acerque?

Y llegó a estar tan cerca que efectivamente la besó.

- Ahora te puedo dar más tiempo aún.

- ¿Más tiempo para qué?
- Más tiempo para llevarte a mi casa.
- Atrevido
- Si soy tan atrevido, ¿por qué no le pides a taxista que pare y te bajas?

Ya tenía todo controlado. Sólo le preocupaba que el dueño estuviera en la casa, eso lo echaría todo a perder. Al llegar al edificio subieron los cuatro pisos besándose y al llegar al suyo un hombre, que bajaba apresuradamente, casi los devuelve rodando hasta el primero. No le prestó atención al hecho y abrió la puerta.

- Entra.
- Gracias, es linda tu casa.
- Ahora es de los dos –Le dijo sonriendo –Siéntate.
- ¿Vives solo?
- Sí –Dijo él al constatar que el dueño había salido.
- ¿Ahora qué me darás? –Le preguntó la mujer quitándose los zapatos.

– Ahora te daré tiempo para llevarte a mi cuarto – En eso recordó que su pieza era realmente desastrosa, la pieza de un pobre imbécil pobre, y que esto podría sacar del distraimiento a la mujer. Entonces decidió llevarla al cuarto del dueño de la casa, que contaba con más espacio, muebles e higiene, además de un lindo balcón por donde entraba la brisa en las tardes. Era como un segundo reloj.

– ¿Ahora me darás tiempo para acostarme supongo? –Le dijo la mujer tocándose los labios.

- Sí, claro que sí.
- Creo que tomaré ese tiempo –Dijo ella mientras se acostaba y lo arrastraba. Esto era más de lo que él esperaba. Los dos se acostaron y en poco tiempo estaban desnudos, húmedos, muy húmedos.
- Estás sudando demasiado.
- Entonces te daré tiempo para secarme

- Hablo en serio.
- Me secaré entonces –Dijo él tomando su camisa que reposaba a su lado. Al terminar de hacerlo se la dio a ella quien gritando sorprendida se la tiró de vuelta.
- ¿Qué pasa?
- ¡Sangre!
- ¿Dónde?
- La camisa.
- ¡Por Dios! –Gritó él al tiempo que ella se arrastraba por la cama descubriendo que estaba empapada en sangre, al igual que él, al igual que la cama, en la misma medida en que toda la pieza lo estaba. Siguió arrastrándose hasta el otro extremo y, pre-
visiblemente, terminó cayéndose. Resbalando en un lodazal de sangre, de un rojo enfermo y viscoso. Al hacerlo aterrizó sobre algo blando.
- ¡Un muerto! –Él corrió a asomarse.
- ¡Oh por Dios!
- ¡¿Quién es!?
- El dueño de la casa.
- ¿No me dijiste que vivías solo?
- ...
- Ahora te voy a dar tiempo yo a ti. Te daré tres segundos para que me expliques todo esto, entonces comenzaré a gritar.

Entonces recordó la escena del caballo, su reflexión, su conclusión. Lo imbécil que se había sentido, lo bien que se sintió de sentirse así. Recordó al hombre bajando apresuradamente por las escaleras, visiblemente nervioso, recordó los besos que los distrajeran de tomar en cuenta ese pequeño detalle. Recordó el rostro desafiante de los vecinos mientras discutía con el dueño, los besos al entrar al cuarto, un cuarto visiblemente ensangrentado, un cuarto en el que cualquiera hubiera notado lo que en él había pasado, cualquiera menos él, quien estaba tan distraído con ella que no notó lo imposible de no notar. El sofisma, su lección del día, su brillante deducción de imbécil, también pasó por su cabe-

za. Pero ya habían pasado más de tres segundos y se encontraba rodeado de vecinos que murmuraban señalándolo, pasaron unos segundos más mientras sintió que alguien lo esposaba y que era arrastrado hacia una patrulla. Entonces la vio a ella, la mujer que lo distrajo de todo. Llegó al asiento trasero de la patrulla mientras por la ventana, con algo de dificultad por la esposas, arrojaba un ridículo reloj de oro falso, que seguramente alguien recogería y, a pesar de sus burdos terminados, lo utilizaría para ser hombre y ubicarse en el tiempo.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

AURORA

Uno y Dos reposaban sobre dos cojines. La aurora parecía ante una cortina oscura que nadie se apresuraba a abrir. Uno era ciego y dos estaba poco predispuesta al arte de la contemplación. La noche duraría más de quince horas; hacía falta largo tiempo para que llegara el sol. Uno deslizó su espalda por la pared hasta casi tocar el suelo con su nuca. Su cuerpo estaba muy cerca a una pequeña mesa donde una lámpara de gasolina se había extinguido no hace poco. Uno no era consciente de esto, para él la distancia y los objetos eran una abstracción espacial. Una columna en algún recinto cerrado era para él sólo un obstáculo que tenía que salvar para llegar a la salida; no existían las formas y los colores, sólo los obstáculos y los métodos para solventarlos. Las imágenes eran impensadas en su universo, de hecho su imaginación se limitaba a los olores y sonidos puros, no reflexionaba acerca de su procedencia, acaso medía sus consecuencias, se conformaba con sentir, asimilar y esperar alguna otra manifestación de su entorno. No tenía un pasado diferente, no tenía recuerdos, así había nacido. Por eso las ventanas estaban siempre cerradas. La luz, el brillo y los matices eran inoficiosos. Dos no protestaba ante esto. Dos no protestaba ante nada. La indiferencia era su vida misma, el único sentimiento que albergaba en su cuerpo. Su indolencia era sistemática, no avanzaba ni decrecía, se mantenía en su estado natural, absolutamente pura, sin mezclarse

con sentimientos o pretensiones.

Uno y Dos vivían en un edificio. Uno no supo como llegó ahí, Dos lo había llevado sin advertirle, sin siquiera pensar en hacerlo, sin que al menos fueran necesarias las explicaciones para alguien que nunca las pedía de alguien que nunca las quería dar. Ocupaban el último piso, donde sólo se encontraba un apartamento adyacente.

La aurora se hacía indefinida. Parecía afectar la quietud de la extensa noche, irrumpiendo en la negrura hasta vencerla por momentos, convulsionando en los cielos, totalmente ajena a Uno y Dos. En el edificio, en el espacio exacto que concernía a Uno y Dos, nada de esto era real, sólo había un adentro, no existía un afuera, no habían horizontes ni infinitos. La existencia y todas sus implicaciones empezaban y terminaban en ese cuarto. Este era angosto, lineal, insoportablemente simétrico y exacto. No se coexistía ni con el caos ni con la suciedad, pero su aspecto no era menos que imposible. Dos respiraba con un ritmo confuso, continuamente parecía olvidar la mecánica de dicho acto. Sus estertores, limpios pero profundos, eran el único referente temporal con que Uno se arraigaba a un espacio que no era suyo, que ni siquiera existía para él. El clima de los tiempos pasados había quedado atrapado en la habitación desde que se cerraron las ventanas, la temperatura era totalmente imperceptible.

Un sonido viscoso y sordo llegó de la habitación contigua. Sobre la pared en que Uno y Dos reposaban sus cuerpos una grieta se empezó a deslizar desde el techo. Dos la notó. Uno escuchaba atento. Ni el uno ni el otro parecían reaccionar ante esto. Uno sentía una irremediable atracción hacia los ruidos desgarradores, pero de esto él sólo rescataba el acto mismo. Dos había alcanzado la total dilatación ocular y, aún pareciendo ocupada en alguna profunda meditación, su aspecto apenas se podía distinguir de la pared, distraída con su propia ingravidez, completamente erguida en su soledad. La grieta continuó avanzando. Dos notó la fractura pasar bajo su mano apoyada en el suelo, las astillas del piso de madera colapsando segundo

a segundo, centímetro a centímetro.

Uno Escuchó el desgarró, lo identificó a su izquierda, entre él y Dos. Ambos se supieron separados en dos remotas islas. Uno lo supuso y se alteró. Dos lo confirmó y esto pareció calmarla aún más. El desgarró cesó. Afuera la aurora, que se perdía en sí misma y regresaba al cielo fortalecida en belleza y esplendor, se comenzaba a escurrir por el aire, gota a gota, color a color, hasta cubrir las montañas, los ríos, los árboles.

Se oían pasos apresurados sobre la pared en la habitación del lado. Eran varias personas, y caminaban con ritmo y dirección indefinidos. Esto terminó también. Uno Palpó el terreno a sus alrededores. Lo que sintió era totalmente desconocido, asustado, absolutamente inválido para confirmar las sospechas de sus dedos y oídos, volteó hacia Dos, que yacía a su lado sumergida en un cojín. Uno le pidió a Dos que le dijera qué estaba pasando. Dos sintió que le hablaban pero no le importó. Además no vio a nadie, Uno ya estaba muy lejos. La puerta del cuarto se desplomó sin producir el más mínimo ruido, situación esta que no interfirió con la condición de Uno y Dos en aquel espacio, la opción de salir no era considerada, la quietud imperaba, en Uno porque no podía hacerlo, en Dos porque no podía querer hacerlo. Los colores de la aurora se aproximaban, la grieta se amplió, la salida se hizo más grande. Uno perdió toda noción de Dos, su suerte, desconocida para él, Dos hace mucho había pasado por lo mismo. Los pasos ahora eran pesados, seguían un norte que podía estar en cualquier parte. El techo empezó a lloviznarse, el suelo, en cambio, se evaporaba, todo esto lo veía Uno sin escuchar más que la sordera de los movimientos, lentos, comprimidos, tediosos y predecibles. La confusión se pasmó en Uno, todo esto era nuevo, no se sorprendió con ello, sólo pudo pensar en mirar a Dos, pero no la vio, estaba solo, ni él mismo, no había nadie, ni él mismo.

La aurora brilló ante sus ojos, lo hizo con furia, pero Uno, paralizado ante un universo extraño no se fijó más de un parpadeo en este fenómeno preocupado por su incorporeidad, por la ausencia de Dos. La salida se expandía con fluidez, amenazaba con absor-

ber las paredes. Dos sintió su espalda mojada, quiso querer, pero no alcanzó a considerarlo, no importaba, el cojín era cómodo, la grieta era amplia, los pasos le eran poco molestos, escasamente un zumbido en su cabeza inclinada hacia cualquier lado, erguida, decaída, facial o muscular, el cojín era cómodo pero no importaba que lo fuera. Las paredes empezaron a sudar, se hicieron tan delgadas que Uno y Dos tuvieron que sostener su propio peso para no caer. La ebullición del suelo finalizó, habría que caminar cuadrúpedo e inverso, la gravedad no afectaría, y si se cayera, se haría hacia el techo, hacia arriba, cayendo para subir, para llegar al cielo. Uno vio en la mesita, que estaba aún a su lado, sus propias vértebras inarticuladas, florecidas, oxigenándolo todo, acelerando su fotosíntesis por la llegada de la aurora.

Dos caminó por el cuarto, seguía sentada. Uno la vio reír, pero no la escuchó feliz. Dos aún permanecía sentada. Lo hacía por casualidad, sería fortuito también si brincara de un lado a otro. Uno perdió nuevamente a Dos, la quiso inventar, hacerla como esa cosa de colores que serpenteaba por todos lados, escupiendo silencios. Pero su imaginación todavía era inexistente. Quiso también dejar de ver cosas que no le producían la más pobre impresión. Dos comulgaba con lo que para ella siempre fue oscuro y sin relevancia. Los pasos no correspondían a pisadas, ni existían nexos entre los movimientos y sus consecuencias. Todo se derretía, lo que no era viscoso estaba por serlo. La sordera anuló a Uno, le aburrió, esa luz le asqueaba, pensó que el color era una aberración del sonido, nunca había escuchado algo tan raro y poco atractivo al mismo tiempo, el chillido de los colores le dolía en la dignidad. Cerró los ojos pero la aurora ya se le había metido en los huesos y el cuarto se redujo a su justa medida, asegurando su soledad, nada más cabría en ese cuarto que su cuerpo, matando cualquier posibilidad de compañía, a pesar de su estado gaseoso o inmaterial, según abriera los ojos o los cerrara. La pared limítrofe desapareció y sintió la humedad de Dos en su espalda, comprendió que nunca estuvo con ella, que nunca la conoció. Volvió a escuchar y esa maldita aurora desapareció. Entonces Uno estuvo solo, porque todo ese tiempo el mundo había permanecido en el más absoluto silencio.

DESPUÉS

Por fin logro soltarme de la pata del animal. Hace poco que se ha dormido y entiendo que ha preferido comerme después. Antes de dormir se aseguró de poner su tremenda garra, siete veces más grande que mí mismo, sobre mi cuerpo para que no pudiera escapar. Pero no ha sido suficiente, no sin mucho esfuerzo he logrado salir y ahora espero a que dé algunas vueltas mientras duerme para poder alcanzar la puerta. Mientras tanto me veo obligado a soportar su tufo sanguinolento y su respiración, tan potente como todo el aire que he respirado en mi vida. Es un animal hermoso y sólo de cerca produce algo de terror, de lejos podría confundírsele con una montaña o con algo peor, un mañana lejano tal vez. Pero no es una montaña. De cerca, contando con que uno sea conciente y ya esté debidamente paralizado, la sensación que da es la de estar al frente de la primera persona a la que uno le hizo daño. Pero es sólo la sensación. Dicha persona jamás dejaría que uno escapara.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

EN MI URNA

Es una escena improbable.

Mis brazos arrojados a las arenas de un río. Un perro graznando mi ubicación en la otra orilla. La gente no lo comprende, no hablan el idioma de los perros. Pero el perro no se va. Mi cuerpo suspendido en el agua se aleja de las extensiones que me permitían agarrarme de las cosas. Si lograra salir del agua, sobreponiendo un coraje absurdo a remolinos y turbulencias, hecho en perspectiva imposible, no habría logrado nada. Aún conservaría mis piernas, pero no tendría donde ir, no sería bien recibido en ningún lugar. Mi cuerpo vagaría inútil por la tierra, despreciado por los humanos.

Sé que mientras corra el agua aún estaré a salvo. Pero puedo ver mi destino escrito en el cielo, sobre las nubes. El río se secará, el perro cruzará y devorará mis brazos desamparados, para vomitarlos después en un lugar desconocido, hechos una sola carne, de la que se alimentarán sus hijos. Luego volverá por lo que quedó de mí. Hará muchas cosas sobre mi cuerpo, a la vista de todos, de todos los que se congregarán en aquella orilla de aquel río, que antes estuviera desolada y escondida para todos. El perro se marchará con algunos pedazos de mí entre los dientes, y sonreirá, lo hará por gusto, nadie se lo podrá pedir, es un perro

feroz y todos le temen, pero aún así él lo hará.

Lo que quede después de eso, mi corazón y algunas tripas, será depositado en una urna y arrojado por los hombres en el precipicio más hondo.

Es una escena improbable, pero ya voy sintiendo el rumor de las aguas que se acercan, ya me voy sintiendo prescindible, ya voy sintiendo el infecto aroma del animal que me vigila, perro, mujer o buitre, pendiente de mi respiración, buscando los despojos de mi impotencia.

Ahí voy yo, en esa urna, en mi urna.

EL CERCO

Nuestra ciudad es un pozo. Vivimos en el fondo de él, mis vecinos y yo, los comerciantes del centro, en su mayoría vendedores de ropa barata y pan de otras partes del país, los estudiantes de las universidades del sur que aún llevan el pelo largo y les compran la ropa barata a los comerciantes, algunos ejecutivos que usan saco y corbata a pesar del insoportable calor, algunas personas que viven del aire y obreros no calificados que son la mano de obra calificada de casi todo lo que aquí se hace. Nuestra ciudad está rodeada por montañas casi por completo, es como una cortina de muchos metros de altura que nos atrapa y no nos deja ver el valle. En las laderas de las montañas, en cambio, viven otras personas, diferentes, que sólo bajan a trabajar y en la noche suben otra vez. Los de abajo no sabemos qué hacen cuando no trabajan y cómo viven, pero no importa, nosotros estamos abajo y ellos arriba, así debe ser.

En esta ciudad la altivez es inversamente proporcional a la altura con que se viva al nivel del punto más alejado del sol. Me gustaría decir del nivel del mar, pero en esta ciudad no hay mar, sólo un río, sucio y abatido. Para ir al mar únicamente hay una vía, pero ya muy pocos la usan. Por ahí merodea algo que nadie acá a visto y que hace desaparecer a la gente, eso se cree. Apenas

alguien se pierde salen brigadas de muchas personas buscarlo. Recorren las montañas durante días. Pocas veces hallan algo. En ocasiones se han encontrado sus ropas, un zapato, la hebilla de la correa. Menos frecuente es encontrar los cuerpos. Los pocos que se han recuperado estaban tirados al lado de los ríos, en medio de una trocha impenetrable o al final de rústicos puentes hechos de maleza. Los encontraban con los músculos de los pies reventados, la lengua hinchada haciendo un nudo en la garganta, muertos de cansancio. Otros se perdían para siempre entre las hojas del suelo o en las inalcanzables copas de los árboles.

Nosotros tratamos de no preocuparnos por las desapariciones, fuimos prácticos, dejamos de ir al mar. Por acá hay otras cosas que hacer. Si está haciendo calor y las calles se calientan a punto de ebullición, vemos televisión. Hace años sólo teníamos tres canales, pero algunas personas pusieron antenas gigantescas sobre los techos y últimamente podemos escoger entre más de cincuenta. La bonanza televisiva emocionó a todos, nadie se quería quedar con los tres canales de antes, todos le pagaron a los de las antenas para que tiraran un cable sobre sus cabezas y así poder ver más canales. Los de las antenas se hicieron ricos, tanto que hace poco crearon sus propios canales, pero son tan malos que nadie los ve, sólo algunos, para burlarse. Aquí a la gente le encanta burlarse, eso me gusta.

También hay centros comerciales, llenos de palmeras y locales con el piso en mármol. Hay un estadio, que casi siempre se llena, y sobre todo están las calles. Las calles de esta ciudad han logrado el perfecto equilibrio entre la selva que nos rodea y la urbanización. Por cada habitante hay cien árboles. Además hay pequeños parques con largos trechos de pasto, en los que la gente puede hacer otras cosas, como jugar fútbol.

Si no hace tanto calor uno sale a emborracharse, o a jugar fútbol, o a jugar fútbol borracho. Me gusta cuando eso pasa, los jugadores se revuelcan en su propio vómito, nadando en el pecado, porque emborracharse es pecado. A mí me gusta eso, ver que la gente peca y peca, y entre más lo hace, más se ríe, más feliz se ve. A mí

también me gustaría ser pecador, tomarme cinco botellas de ron, tocarle los glúteos a las muchachas, sentarme en las piernas de mis amigos y luego ir a jugar fútbol y vomitarme en la cancha. Pero no puedo; no me gusta el fútbol y el licor me da dolor de cabeza, no me hace feliz, como a los otros.

Pero hay otras formas de pecar aquí. De hecho existe una calle destinada exclusivamente para esos menesteres; es la calle sexta norte, porque en el sur también hay una calle sexta, pero en ella se peca de puertas para adentro, entre familia. La sexta norte es una calle larga, que nace al lado del río y que es sólo para uso de los que vivimos abajo. Si uno va de día puede ir a cine o a comer, o sólo a caminar, a pensar en porqué la gente se emborracha, creo que les debe gustar tanto el pecado como a mí y por eso lo hacen. Si uno se sienta en el ribete del andén y mira todo despacio, con escrúpulo, puede notar que todos llevan un afán, que siempre hay alguien esperándolos en alguna parte, que siempre van tarde y temen hacer esperar a los otros. Pero eso nunca pasa, porque todos se sincronizan para llegar tiempo después de lo convenido. No sé por qué se inquietan. A veces pienso que nadie los espera y eso es lo que les preocupa. Antes la gente también iba al río, a emborracharse, a vomitarse en él. Pero vertieron tanta bilis que ahora huele a perro muerto. Creo que por eso se inventaron eso del fútbol, para tener que hacer en el día.

En las noches no hace tanto calor y uno se va a caminar por ahí, para que los demás vean que uno también camina. Si hay plata, uno se va para un bar a emborracharse, o se queda en la calle y también se emborracha, o se paga una puta y se emborracha igual. También puede follar con ella pero si la emborracha, si no tiene que usar condón y eso no es follar, es masturbación sintética. Cuando amanece se pueden apreciar centenares de personas tiradas sobre aquella calle, algunas pidiendo desayuno, otras pidiendo un balón, otras preguntando por la puta que se les llevó la ropa y el reloj, todos sabiendo que pecaron y que eso les costó dinero, más del que tenían. Aquí la gente se preocupa mucho por el dinero, a mí eso no me gusta.

Lo que antes fuera el resplandor de la nueva estética ahora es una ataxia, la más repugnante barahúnda que bajo los cielos se haya gestado. Un día, mientras me confundía entre tantas opciones, caí en un canal nacional, en los que sólo dan noticieros, y se repetían ante mí imágenes de gente huyendo con la casa sobre el lomo, pueblos arrasados, aún humeantes como vestigio de una conflagración extinguida por la misma lluvia que enlodaba el éxodo. Por acá dicen que muchos se cansaron de la cosa rara que raptaba y mataba a las personas que quería ir al mar, y que esos muchos se organizaron, adquirieron armas y ahora los andan matando a todos, a la cosa rara y los que estén por ahí cerca, a los que le den de comer o le vendan cosas. Se pensaría que la quieren matar de hambre. Eso parecía no importar para nada, en esta ciudad existía una calle hecha sólo para pecar, era tan larga que uno podía pecar por una cosa diferente cada día durante un año entero y aún así le sobraban pecados. A mí me encanta esa calle, me encanta pecar.

Durante los siguientes meses llegué nuevamente a los noticieros. Veía que era más la gente que arrancaban de los pueblos, que formaban caminos tan grandes por las montañas que se podían ver desde la luna. En la televisión decían que era por culpa de la misma cosa que desaparecía a las personas que querían ir al mar. Alguna gente de las universidades del sur afirmaba que no, que eran los otros, los que querían matar la cosa rara, es más, decían que la cosa no era mala, que eran tan buena que mataba, robaba y secuestraba a la gente para ayudar al pueblo; tal afirmación me llegaba confusa, yo pensaba que el pueblo era la gente, pero ellos dicen que no, que el pueblo es el pueblo y la gente es la gente, y que a la gente hay que matarla, robarla y secuestrarla para ayudar al pueblo. A estos también los empezaron a matar, por decir lo que decían, por pensar lo que pensaban. Bueno, pero para qué dicen esas cosas, robar y matar porque sí no es bueno, así sea pecado. Al final lo que importa es que mucha gente se anduvo muriendo por aquí. A algunos los tiraron al río, que terminó oliendo tan mal que tuvieron que desalojar las casas vecinas, porque de los

mueritos que flotaban nacían unas moscas del grande de un dedo que podían matar a una persona de la infección sólo por pararse en un brazo.

Pero uno se termina acostumbrando a todo. Yo eliminé los canales donde daban noticias y con eso di por clausurada mi preocupación. Eso era en el campo. Yo y mis vecinos, los comerciantes, los ejecutivos, los estudiantes de pelo largo y los obreros sin instrucción alguna vivíamos en la ciudad, y teníamos toda una calle para pagar por pecar, eso parecía ser suficiente para todos.

Pero un día empezó a escasear la comida. Desde la capital decían que todo iba a estar bien, que sólo era el clima, que era un viento que venía del occidente el que estaba acabando con las cosechas y que dentro de poco cesaría y volvería a haber comida para todos. Unos creyeron, los que pudieron se fueron del país, otros esperaron. Los días pasaron y el hambre azotaba con ira a la mayoría de la población. Ya no tantos tenían ganas de ir a la sexta norte.

En esos días detallé mucho la ciudad. Caminaba más que de costumbre, como nunca lo había hecho, tanto que al final del día tenía los pies hinchados, tan hinchados como los vientres de los niños que limpiaban vidrios en los semáforos. La calle sexta norte cada vez se hacía más angosta, más corta, más parca y desolada. Llegó a estrecharse tanto que era prácticamente imposible pasar por allí sin caminar de lado, y, aún así, se debía descontar el hecho de toparse con alguien que viniera en contra; si así pasaba, uno de los dos tendría que ceder y devolverse. Tal situación suscitó muchas riñas, muchas más que cuando en aquella calle amanecían miles de hombres bajo los efectos del alcohol. Entonces se decidió clausurar dicha calle para evitar enfrentamientos que muchas veces se hacían tan largos y multitudinales que terminaban en masacres de familias enteras a efecto de alguna venganza o de la estampida de la iracunda concurrencia. Finalmente la calle sexta se cerró al punto de desaparecer por completo. Imposibilitado de la ruta de antes acostumbré caminar por el centro, llegar al río y devolverme. Ya no hacía tanto calor, las montañas se comen-

zaron a nublar, el verde con vetas cafés se veía a través de una membrana gaseosa que se acentuaba en las mañanas y disminuía levemente con el sol de mediodía. Se registraron bajones de hasta diez grados centígrados y algunos árboles comenzaron a envejecer como nunca se había visto antes. La gente salía a las doce del día a recibir el sol, se tumbaban en las calles, sin ropa, con los brazos abiertos, era una gigantesca mancha humana que se extendía durante dos horas hasta que el sol se ocultaba en las cenizas nuevamente y los pocos que no habían tenido que vender los carros para comer podían continuar su jadeante trasegar por las calles. En ese momento casi todos le dimos la razón al gobierno central acerca del porqué de la hambruna, obviamente algo pasaba en los cielos y el clima estaba desquiciado. Algunos decían que no era sólo eso, que había algo más que en la capital no podrían ocultar por más tiempo.

Hubo un tiempo en el que ya no se podía caminar sin llevar pala. Había tantas hojas secas en el suelo que mucha gente se perdió entre los dos metros que llegó a alcanzar la capa vegetal que cubría a la mayor parte de la ciudad. Todavía no han encontrado a algunos. No creo que lo hagan ya. Un día se decidí quemar todo el follaje para poder reactivar el tránsito en la ciudad. Cuando se inició el fuego nadie tuvo en cuenta los efectos colaterales. La gente que no fue avisada murió quemada, nadie los pudo ayudar, salir a la calle era morir como ellos, y todos tuvimos que aguantar durante varias horas los gemidos desoladores de muchos que desgarraron sus gargantas antes de que alguien llegase a ayudarlos. Hubo un instante en que la temperatura fue tan alta, que la gente dentro de las casas también comenzó a morir sofocada por el humo, cargado de pequeños trozos de hojas quemadas que taponaban el tracto respiratorio hasta lograr la asfixia. El impresionante calor fundió los cimientos de varios de los edificios más altos, que se desplomaron como torres de manteca levantando una nube de polvo que cubrió el sol durante varios días intensificando el invierno.

Al salir, amaneciendo el día siguiente, encontramos que la

ciudad entera estaba tiznada, que las señales de tránsito eran una sola melaza de aluminio derretido que casi no se distinguía del resto de las cenizas y escombros. Sólo un árbol se conservaba en pie, era el de la plaza central, la primera que se fundó en la ciudad y alrededor que la cual se había erigido el resto de ella. El tronco estaba tan negro como el resto de la plaza, pero aún conservaba una hoja, en su rama más alta, como reminiscencia de lo que antes fuese la ciudad y portadora de la última esperanza. Todos nos congregamos allí, instintivamente, sin concordar nada, ninguno se quería mirar a la cara, temían ver su propio miedo reflejado en el rostro del otro. Sólo nos fijábamos en la hoja, en su verde único, en el resplandor que resumía lo que antes fuera una ostentosa selva urbana. Muchos diluyeron las cenizas con sus lágrimas, otros pensaron que habría más hojas verdes y que con algo de esfuerzo algún día se podría volver a sembrar la arboleda. Pero todos miraban la hoja, cada detalle, las extrañas gotas que resbalaban por su pequeño tallo, su misterioso brillo.

Entonces se hizo cierto lo que algunos insinuaron anteriormente. Tras la ciudad, pasando la barrera natural que representaba la cordillera, y rompiendo con la hojarasca, se escuchó una leve marcha, que se acercaba, que escalaba el monte, que irrumpía en su virginidad. Nadie dijo nada, todos callaron y se fueron a sus casas, unos robaron los pocos víveres que quedaban en las tiendas, a otros se les escapó el hambre.

En la noche todos escuchaban la respiración ronca de los demás, nadie dormía. Con el frío había llegado el insomnio. Ésta era una ciudad en eterna vigilia, que no dormía cuidando algo que no tenía. Durante ese lapso continuamos escuchando las pisadas, la marcha corrosiva que a cada paso duplicaba su afónico eco, que nos hacía pensar cosas, acoplar ideas, vincular hechos, imaginar causas y efectos. No había fluido eléctrico, ni agua potable. Los niños lloraban y ningún padre se apresuraba a callarlos, algunos querían que lo hicieran más fuerte para no escuchar las pisadas. Mediada la madrugada las andadas de la procesión eran insoportables, se hacían más lentas y más sonoras.

Entonces uno pensaba que lo que fuese que se estaba acercando estaba cansado, que pronto se detendría, pero de repente un grito se filtraba desde la selva, llegaba hasta nosotros como un viento que lamía las cortinas, las pisadas parecían responderle con una vertiginosa arremetida por la montaña. No queríamos creerlo, pero no podíamos dejar de escucharlo. Algo venía hacia nosotros.

Al amanecer los pasos se detuvieron. Sólo se escuchaba el crujir de los estómagos y eventualmente algunos gritos lastimeros en la cordillera. Nadie quería imaginar lo que estaba en ciernes sobre la ciudad, no se quería suponer nada, era mejor así, concentrarse en el hambre, en los dos meses sin probar frutas, leche, carne o verduras. La gente comenzó a salir de nuevo, querían ver que no eran los únicos que existían, sentirse acompañados en la angustia. Alguno sugirió escapar, él mismo se respondió con un silencio autocomprensivo. Sabíamos que estábamos cercados, que no habría forma de salir vivos, tal vez tampoco muertos.

La gente se empezó a enfermar. Las úlceras y las quemaduras se habían salido de control. Los pocos médicos que quedaban lo habían olvidado todo, sólo podían hacer un diagnóstico que ya era visiblemente obvio, la muerte. Unos morían vomitando, ya no de la borrachera, el licor se había agotado hace mucho. Muchos intentaron suicidarse, pero no habían edificios de que tirarse ni cuerdas con que ahorcarse. Nos sentamos a esperar a que algo pasara, horas enteras, algunas semanas quizá, pero nada sucedía, hasta pareció que nos habíamos vuelto inmunes al hambre. Ya nadie se moría, ni siquiera nos podíamos entretener con los entierros. Los carroñeros dejaron de sobrevolar la ciudad, se cansaron de esperar nuevas muertes y la poca carne que quedaba abajo estaba descompuesta, realmente descompuesta, aún para ellos. Las horas pasaban idénticas, empezamos a confundir los días, los calendarios parecían escritos en otra lengua. Nadie quería entrar a la casa, allí quedaban cosas que se habían conservado como en viejos tiempos, y nadie quería recordar, sabíamos que en esos momentos los recuerdos nos matarían y nadie quería morir, sólo concentrarse en el hambre.

Un día se escucharon nuevos gritos. Más prolongados, más

hirientes. Parecía que lo que nos aguardaba en la cordillera se estaba devorando a sí mismo. Tras la capa nebulosa se observaba un humo negro que se dispersaba en el cielo ocre. Algunas veces el viento traía el aroma de la carne cruda, se escuchaban algunos chasquidos. Los gritos fueron mermando en aspereza, se volvieron más suaves, apenas aullidos livianos, como un llamado. Las letanías comenzaron a surtir efecto en nosotros. Algunos parecieron olvidar el hambre y centrarse en las voces, en su arritmia, en su disfónico tono. Poco a poco se fueron levantando, llamados por la montaña. Algunos subían arrastrándose, otros conservaban algo de fuerza y ascendían lentamente, algunos familiares trataban de detenerlos, pero no los escuchaban, ellos tampoco insistían. Al anochecer se escuchaban nuevamente los gemidos, el desgarramiento, el suplicio, el chasquido, el humo, el silencio.

Cuando las nubes dejaron pasar algo de luz, y nosotros creímos que podía haber amanecido, un hilo de sangre se empezó a escurrir de la montaña, se abrió paso entre las ruinas, llegaba a nuestros pies, nos mojaba las llagas y se secaba en nuestra piel. Oscurecía, de nuevo muchos iban a la montaña, se repetían los gritos, los chasquidos, el humo y al amanecer el afluyente sanguíneo aumentaba su caudal, su brillo carmesí. La hemorragia en la montaña se hacía más evidente con cada respiro. Ninguno entró en pánico, sólo miraban las nubes y se dedicaban a sentir el ardor de las vísceras. Las últimas noches han subido la mayoría de los que aún quedábamos. Ya somos tan pocos que nos podríamos contar con los dedos quitando varios de ellos. Ahora que lo pienso, no somos los únicos que tenemos hambre.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

EL HERMOSO ARTE DE HACER SANGRAR

I

Mi existencia es el equivalente a la carcajada de un cerdo, que comienza con una violenta inhalación y llega al ocaso con un chirriante estertor de animal enfermo. La primera herida no disminuye el dolor de la segunda, no se aprende de los errores. Nada de eso, una herida solo deja una cicatriz que entre más dolorosa es más grande y más eterna. Nadie va admirar eso, nadie va a decir de un mutilado que es un héroe ni de cojo que trastabilla por el mundo que es un ejemplo de voluntad. De las heridas sólo queda el dolor y el recuerdo. Estas cosas me hacen recordar. Ahora me veo obligado a regresar al primer momento.

Soy la última rama descendente de una familia de payasos, un linaje reducido con una tímida risa o magnificado con altisonantes risotadas producto de algunos brillantes soliloquios cómicos de mi padre. En la ecuación de su vida la inesperada variante de mi nacimiento cercenó la soga que lo elevaba al cielo. Desde ahí se le vio tropezar constantemente. Esto fue causa y efecto. Los payasos estamos obligados genéticamente a ser payasos, a costa de nuestra propia dignidad. Nacemos bajo una estrella que no alumbra, mi padre lo sabía y la angustia del legado que yo habría de heredar incineró su ingenio. Soy, por no ser más severo conmigo mismo, la

pedra angular en la que se erige todo el menoscabo de una dinastía.

Mi casta ha caído hasta mí. Soy, digámoslo así, una versión desmejorada de mis ancestros, un payaso disminuido. El oficio se encumbra hasta mi cuarto ascendiente criado en un orfanato y de padres desconocidos. Cuando cumplió trece años fue delegado ayudante de la pequeña biblioteca del lugar. En los largos periodos en los que se encontraba limpiando estanterías se interesó por libros sobre flautistas y narradores de cuentos que viajaban de pueblo en pueblo mostrando su arte. Entonces, a un año de terminar su claustro, y sin que nadie lo hubiese adoptado, decidió salir del obsoleto hospicio, dejando atrás su vida de huérfano y diciéndose mientras caminaba ensayando los pasos “Voy a ser un juglar” y así partió por todas las poblaciones que se le cruzaban.

Su gracia, después de mucho entrenar, fue la de caminar de tal forma que nadie que le viese se pudiera resistir a reírse. Siempre hallaba alguien que le ofreciera hospedaje y alimentación. La novedad caducaba casi siempre a los dos días de haber llegado al pueblo, por lo cual tenía que partir a otro y así, en poco tiempo, ya no le quedó pueblos que visitar. Entonces, mientras volvía a caminar lo caminado, el dueño de un circo le vio y le ofreció empleo como payaso. En el circo trabajó toda su vida, al igual que su hijo, que a su turno tuvo un hijo, quien también pasó toda su vida en el circo, mismo lugar donde fue dado a luz mi padre, que de la misma manera vio pasar toda su existencia en el circo, en el gran circo, un gran circo que siempre había tenido un gran payaso.

Entonces vine yo, yo y una caterva de motivos para dejar de sonreír. Meses después de nacer murió mi madre. Quedó en el subsuelo de algún pueblo del cual mi padre olvidó el nombre. El rigor del circo no da cabida a pesares, esa misma noche tuvo que continuar con su trabajo. Desde los ocho meses me enseñó el oficio de la familia, no tardé mucho en asimilar todo lo que veía y traté de absorberlo por imitación. A partir del día en que presenté mi primer acto todo ha caminado muy despacio, parece que los años se escurrieran por un cuentagotas obstruido y que

cada día se fuera trémulo y simple.

En mi juventud gocé de algunos momentos que ahora me hacen sonreír. Aquel día en el que visitamos la capital mi padre se enfermó y tuve que reemplazarlo. El trapecista estuvo a punto de resbalar, suceso que excitó al público, que no dejaba de aplaudir, con más rabia cada palmada, exigiendo más emoción, más asombro, más novedad. Yo estaba espiando la turba agachado para poder ver por debajo del telón y me preguntaba ¿Cuál novedad? ¿De dónde he de innovar si todo lo que sé se lo he copiado a mi padre? Entonces se abrieron los bastidores y quedé de frente ante el público. Tuve que aceptar con más pesar que resignación que era sólo un payaso y que los payasos no arriesgan la vida, hacen reír, ocasionalmente.

Trepé torpemente en la diminuta escalera por donde bajaba el enano equilibrista y esa sencilla acción se dificultó más por los inmensos zapatos, dos veces más grandes que mi pie, que tenía puestos. Aquí la gente comenzó a interesarse realmente por mí. Entonces me dije que era hora de cambiar el destino de todo un abolengo, que era el momento justo donde vindicaría a mi familia muerta y honraría a la viva, ese preciso instante me podía convertir en algo más que un payaso, en un celebre artista de las cuerdas, en un acróbata. Animado por la expectación del público me aventuré a mayores alturas, con mi natural tosquedad, pero de manera firme, elegante, dejando atrás la vida de bufón. Ya estaba muchos metros por encima del resto del mundo, del mundo que no conocía mi dicha, mi satisfacción. Los leones se veían diminutos y el domador ni siquiera se distinguía del aserrín del suelo. Escuché que alguien gritó mi nombre, luego otro lo siguió ferozmente y me sentí ovacionado por primera vez en mi vida, entonces, y sin notarlo siquiera, llegué a la cúpula de la carpa, al final de los postes, toqué el cielo con la punta de la nariz y cerré los ojos, quería ese momento para mí, para mi padre, para todos los payasos del mundo.

Con la vista nublada por la emoción sentí un ruido extraño a mis pies, muchos metros más abajo de donde yo estaba, en las

gradas mismas, como un ronroneo agitado y compulsivo. Inmediatamente abrí los ojos y pude ver que todos se tapaban la boca, me confundí, la confusión agudizó mi torpeza y vi como mi desproporcionado zapatote se enredaba en las escalinatas y como, poco a poco, me fui deslizando por la cuerda en tanto que la fricción laceraba mis genitales mientras iba serpenteando por una de las cuerdas de sostenían los postes. Entonces, súbitamente, mi cuerpo perdió el balance hacia el lado izquierdo de la cuerda... eso es lo que recuerdo al respecto... desperté mucho después. Llegué al cuarto donde mi padre, se encontraba convaleciente y pálido como una pared de hospital. Me miraba suave, con algo de compasión, con algo de culpa, yo lloraba y trataba de apretarle la mano pero no podía, empecé a odiarlo, a detestar todos sus imbéciles chistes en los que se menospreciaba a sí mismo, me avergoncé de su estado y del mío. Antes de salir de la oscura habitación, sin que yo volteara a mirar, me dijo: “bienvenido hijo, ya eres un payaso”. Desde ese momento nunca le volví a hablar. Murió a los pocos días. Pensé en enterrarlo junto a mi madre, pero él nunca me confesó dónde la habían sepultado, así que se decidió enterrarlo en una fosa común junto a un elefante y dos leones que habían muerto el día anterior. El dueño del circo lloró arrodillado sobre la tumba toda la noche, había muerto el mejor de sus animales. Fui nombrado payaso principal del circo.

II

Odio cuando llueve. Al principio, cuando la carpa era nueva, las pesadas gotas que se estrellaban una y otra vez contra el plástico hacían tanto ruido que me costaba concentrarme. Después el público no escuchaba nada, era como si me metamorfoseara en mimo, pero eso a la gente no le gustaba, porque los mimos son parcos, son artistas dicromáticos y la elegancia es inversamente proporcional al número de colores con los que uno se vista. Yo sólo era un colorido payaso, que además lo estaba haciendo muy mal porque sólo podía pensar en mi padre.

Desde que murió no puedo dejar de pensar en que terminaré igual

que él, yaciente en alguna cama sin sábanas, cobijado con retazos mal cosidos, quizá algunos insectos desplazándose por mis extremidades inertes, escondido tras la cortina, para que nadie vea al payaso enfermo, para que nadie se contagie del mal de los payasos, arrullado, ilusoriamente, por los aplausos que son para otro. Pero hay algo que realmente me aterra, yo, a diferencia de todos mis antepasados, no voy a dejar hijos, no seguiré viviendo en mi descendencia, no habrá una prolongación de mi existencia, voy a morir y ya, sin dejar recuerdo, no sabrán qué grabar en mi lápida porque nadie recordará mi nombre, “aquí yace un payaso” dirá contando con algo de suerte. La trascendencia no está en mis cálculos, que son pocos pero bastante delimitados, lo tengo todo planeado, aunque no hay mucho de donde hacerlo, seguiré siendo payaso hasta el último respiro.

Pero ahora la carpa ha recorrido muchos kilómetros, ha resistido la furia de algunos espectadores que se han sentido timados, el tiempo ha pasado, lento pero corrosivo. A veces, cuando llueve muy fuerte, la arena se enloda. De las gradas bajan minúsculas corrientes, azuzadas por el agua que se escurre por los agujeros que ahora proliferan en la carpa, que van a verterse en la mezcla de polvo y aserrín que conforma el suelo del escenario. Normalmente, con el conocimiento que en mí se ha albergado luego de años de hacer lo mismo todos los días inevitablemente, sé que no debería salir a escena en esos momentos. Como es natural el resto del espectáculo ha sido un fracaso, los caballos resbalan, el presentador sufre de accesos de tos y tiene que hacerse entender con las manos, sin ninguna clase de éxito, los malabaristas se quedan anclados en el agua anegada, los perros amaestrados no saben nadar y se niegan a salir. Yo, como siempre, soy el comodín y en casos como éste el único acto cuyo éxito está asegurado es el mío. Invariablemente resbalaré, caeré, mis anchos ropajes acumularán barro y absorberán tres veces mi peso en agua, lo que me hará insoportablemente torpe, tan lento que parecería que no me estoy moviendo.

Anteriormente, en situaciones similares, hacía uso de mi mala salud y mi extrema sensibilidad a la humedad y me negaba a pisar el barro, aún bajo amenazas de despido. La función se presentaba sin

payaso y todo quedaba en manos de los trapevistas que pocas veces podían salvar la jornada porque estaban más preocupados en salvar sus propias vidas. Pero estamos en la estación de lluvia, desde hace año y medio, parece que nunca cesara de llover y cuando eventualmente eso pasa el día es tan gris como las vetas que me están opacando el pelo que no se ha ido por el sifón. La lluvia espanta a la mitad del público en potencia y la otra mitad es atraída con descuentos de más de la mitad en el costo del boleto. No hay dinero y por lo tanto tampoco comida, mis compañeros ya están tan viejos y hambrientos como yo y, movido por sentimientos fraternales y autocompasivos, he empezado a aparentar que no estoy enfermo, que de cada dos granos de arroz que como no vomito uno y el otro lo vierto intacto, entre coágulos de sangre carmesí, en la letrina que comparto con los otros. Se me ha visto salir, con mis pantalones de rayas reman-gados hasta la rodilla, con la mirada fija en mis pies, tratando de no caer, de no sumergirme en el fango, de exigirme un poco de dignidad, intentando no perder la poca honra que me queda, no dar motivos para la burla, para el escupitajo, para las lágrimas y la huida, que con el barro se hace más lánguida y patética.

Mis primeros intentos fueron infructuosos, resbalé diez veces antes de llegar hasta el público, caía y tardaba veinte minutos de carcajadas en pararme, y cuando, tras largo tiempo de haber navegado por la ciénaga del oprobio, llegaba al escaño donde debería pronunciar mi fatigado monólogo, cuando por fin podría demostrar que mi gracia no era retozar como un cerdo anormal en un charco, mi boca estaba tan repleta de barro y mi corazón tan pisoteado y adolorido que de mis labios sólo salían alaridos y me desplomaba ahí, frente a todos, observado por desconocidos, por una turba de sediciosos que se inflamaban de risa desconociendo toda la mierda que yo llevaba por dentro, siendo los que manipulaban el garfio que me desgarraba los músculos desde el hueso, los que blandían la daga oxidada que descosía las articulaciones de mis rodillas, infectando mi caída y legándome la gangrena de me destruía

al volver al barro.

Pero esa vez llegué inmaculadamente limpio al estrado, que distaba sólo unos metros de las gradas, y me paré ahí, dando cada paso por primera vez, sintiendo cosas por primera vez. Ese día había llovido como hace años no lo hacía, pero logré pasar sin untarme, nadie se explica cómo. Recién habíamos llegado al pueblo, así que todos en el auditorio eran nuevos, nunca me habían visto, jamás habían observado como me revolcaba en el fango. Estaba ahí, muy cerca de la gente, algo confiado, algo nervioso. Mi corbatín rojo brillaba como nunca, y ellos lo notaban, yo sé que sí. Al lugar penetraba el olor de algunas flores silvestres, de hecho algunas se asomaban del suelo al frente mío, naciendo de la mierda, al igual que yo. Ver eso me dio ánimos. Respiré profundamente, llevando el aire a lo más hondo de mí ser, oxigenando mi vida, tratando de resurgir. Miré al frente. Exhalé. La gente no reía, sólo esperaba, atenta. Eran pocos, no más de quince personas, quince, contando detenidamente eran exactamente quince, ese era un buen número.

Una mirada rápida bastó para constatar que ese podría ser un público seguro, nada de alcohólicos infieles ni muchachos inseguros. Me fijé bien. En lo más alto de las gradas había una señora que parecía haber equivocado el camino a la iglesia. No miraba a ninguna parte en este mundo, estaban sus párpados abiertos, muy abiertos, pero con los ojos cerrados, inservibles, totalmente desenfocados, sólo relleno las cuencas, mera función estética, como una cámara fotográfica con el obturador atascado y el lente ahumado, imposibilitado para captar imágenes; no tenía expresión, tampoco parecía insensible, simplemente no estaba, o estaba muerta, más que ausente, eso me alegró, una persona menos que se pudiera burlar de mí. Mas delante, un poco a la izquierda, habían tres obreros, se sabía porque portaban overoles gastados e idénticos, con un amplio bolsillo sobre el pulmón derecho, con el logo de alguna empresa multinacional, supongo que cargado de cigarrillos de poco valor, los tres tenían el casco sobre las rodillas, en la misma posición, tenían la misma mirada ensopada, las retinas

turbias, como si sus ojos sudaran, como si hubieran visto tantas cosas que ya no podían más, como si se les evaporarán las lágrimas, pero sus rostros, exactamente iguales también, conservaban las marcas de la rutina, las huellas de un oficio casi tan fastidioso y repetitivo como el mío, creo, por la última mirada que cruzamos, que nos compadecíamos los cuatro, yo con ellos, ellos conmigo, yo conmigo y ellos con ellos. A estos los descarté como futuros verdugos, estaban más tristes que yo, hasta podría asegurar que me comprendían. Los miré por última ocasión y giré la cabeza unos metros a la izquierda, dos hileras más arriba, un hombre con un gato en el regazo, traje de paño negro, sin una sola arruga, pelo negro también, uniforme, oscurísimo, impecablemente peinado hacia atrás, mirada serena, algo altiva, algo condescendiente, mano derecha empuñando un bastón, de los que se usan por etiqueta no por necesidad física, a buen seguro propietario de alguna hacienda de la región. Acariciaba al gato, me miraba con finura, se peinaba las cejas, era un esteta, quizá más aristócrata de lo que aparentaba ser. Es de mal gusto burlarse, más aún en voz alta, ese comportamiento iba en contra de los buenos modales. Éste tampoco era peligroso, hasta me podría dar algunos billetes de más. Al otro lado, una hilera abajo, cuatro hombres y una mujer, humildemente vestidos pero con semblante digno, también llevaban bastones, pero estos eran metálicos, plegables, los cinco con la cabeza hacia arriba, conversando sin mirarse, imperceptibles movimientos del cuello, todos con lentes oscuros, eran ciegos. Si resbalaba no podrían verme, si escuchaban risas pensarían que hice algo gracioso, no pensarán que caí, uno nunca supone que la gente se cae, mucho menos si uno no puede ver, estaban capacitados sólo para escuchar, lo peor que podía pasar es que les pareciera estúpido, en ese caso se irían sin decir nada, sin ver nada. Sobre ellos una pareja, en plena adultez ambos, él unos treinta, ella unos veinticinco, manos entrelazadas, ambas, embelesados el uno con el otro, dándose un beso suave cada veinte segundos, apartados en una isla remota, sin notar que yo existía, aparentando que nada los podría sacar de la burbuja en que estaban atrapados, ni siquiera la más notoria

de las caídas, ni el ridículo más espantoso, indudablemente no se iban a reír, mucho menos a burlarse ni a señalarme. Dos menos. Casi en el centro, primera fila, un tipo, chaqueta café clara, gafas de aumento, despeinado, distraído, tenía una libreta en la mano izquierda, con la derecha anotaba descripciones sobre algo que veía tras de mí, luego me miraba, me detallaba sin rebajar escrúpulos, anotaba nuevamente, fachada de intelectual, tres pronunciadas arrugas en la frente, deduzco que de mucho pensar, probablemente escritor, caracterizando personajes, cazando ideas, su objetivo no era recrearse. Eximido. Justo frente a mí, en la primera fila, al lado del hombre de la chaqueta café, tan cerca que podría escuchar sus pensamientos, una mujer, con el pelo cenizo y marchito, aspecto totalmente descuidado, casi podía oler sus axilas fermentadas, un niño en sus brazos, si mucho año y medio, en iguales condiciones de higiene pero hermoso, blanco, casi pálido, pero hermoso. La mujer se tambaleaba, como si la silla fuese una mecedora, algo la atormentaba, sudaba, temblaba a ratos, tenía una contusión en el ojo derecho, al verla huyó a otro panorama, no quería que notara el morado, adivino que fue su esposo, no tenía cara de gustar del circo, seguramente estaba huyendo, de él, del padre del niño que llevaba en sus brazos, y temblaba porque sabía que él podía llegar en cualquier momento, atraparla por la espalda, sin posibilidad de escapar, sé que la regresará a la casa, y que allí la matará, ella prefiere morir aquí a eso, por eso trajo al niño, para verlo por última vez si eso sucede. El niño me mira curioso, existe una pizca de perspicacia en sus ojos, un brillo que no me gusta, pero bueno, es casi un bebé.

El escaso auditorio es inofensivo, no noto algo o alguien peligroso. Me alisto, no sé como empezar, hace mucho no llegaba a este punto. Hablo, casi para mí mismo, muy pocos miran. Emito un pequeño grito agudo, algo que aprendí de mi papá, a él no le funcionaba, en ese instante comprendí que a mí tampoco. Los pocos que habían mirado dejaron de hacerlo. Saludé tan fuerte como mis pulmones me lo permitieron. Los ciegos dejaron de hablar, algunos de los otros me miraron. Era el momento. Ya había empe-

zado, todo iba bien, el niño me miraba. Llevaba quince minutos, nadie reía, pero noté algunas sonrisas, todo iba bien, el niño me miraba. Arriesgué con algunas piruetas, no me caí, un obrero se rió, miró a los demás, se calló apenado, todo iba bien, el niño me miraba. Comencé a cantar, el hombre del vestido negro miró su reloj, el gato se había dormido, el obrero volvió a reír, los otros dos lo miraron, calló apenado, todo iba bien, el niño me miraba. Bailé, los ciegos pudieron ubicarme auditivamente, voltearon hacia mí, el obrero rió nuevamente, los otros dos lo miraron de nuevo, hizo una mueca displicente y rió otra vez, todo iba bien, el niño me miraba. Me quedé callado, ése fue el único momento en que todos me miraron, hice todo lo que mi padre me había enseñado, no tenía más, todo estaba a punto de no estar bien, el niño me miraba. Debía improvisar. Avancé un paso, me arrodillé, vi que el dueño del circo había salido a verme, abrí la boca, respiré la mitad del aire que se encontraba en la carpa, puse las manos en la cabeza y grité, fuerte, dos veces más fuerte. El niño me miraba, el niño se asustaba, el niño vomitaba sobre el escritor, el tipo se trataba de limpiar, uno de los obreros le alcanzó un pañuelo, los otros dos me miraron con odio, el del traje negro miró su reloj, el gato despertaba, los ciegos buscaban a tientas la salida, el niño me miraba, lloraba, la madre trataba de calmarlo, la pareja seguía besándose, la religiosa ya no estaba, el niño me miraba y lloraba, la madre se acercó “!payaso imbécil, payaso malvado;” me tiró al lodo, traté de no caer, traté de volar, el niño me miraba, el niño lloraba, caí, me sumergí, me quedé ahí, no recuerdo más. Alguien me haló, no quería irme de allí, quería estar en el fango, hacer parte de él, no me pude resistir, me cargaban entre varios, sólo pude ver, antes de ser absorbido por la profundidad de una cama, el último aplauso, el primer grito y el más largo de los silencios.

III

Hace tres meses el circo cambió de dueños, el nuevo capataz trajo a un payaso más joven e ingenioso. Me dio dos semanas

para irme. Salí del circo con una tula al hombro y sin ganas de enfrentarme a un mundo que nunca conocí. No conozco a nadie acá afuera y no sé desempeñarme en algo diferente a mi actividad como payaso. He visitado restaurantes y he hecho algunas mímicas graciosas desde las ventanas, pero sólo consigo eventualmente las sobras de algún adinerado al que le sentó mal el almuerzo. Luego sueltan los perros para que me persigan y la gente del restaurante se ríe, a veces eso me reconforta.

Ayer en la noche una camioneta blanca paró al frente de donde me hallaba postrado, dos hombres vestidos de traje negro descendieron y se pararon al frente mío, estiré la mano al ver que eventualmente me podían dar una moneda, pero me halaron y sin mucho esfuerzo me obligaron a abordar el vehículo. En poco tiempo el ruido urbano desapareció y la camioneta se detuvo, los tipos se bajaron y me tiraron en un potrero a las afueras de la ciudad. Estaba muy tarde para volver, mis ojos escasamente podían ver el camino en el día, de noche el no terminar más lejos y más perdido era pura cuestión de suerte, y de esa yo no tenía mucha. Dormí en el mismo lugar donde caí.

Esa noche, acurrucado en algún pastizal, soñé que el sol se fundía, como un bombillo barato. Vi que se apagaba de poco en poco, que sus flamas escasamente se calentaban entre sí, que se alimentaba de su pasado, pero esto no alcanzaba, se moría, como se morían mis dedos congelados. No había calor, todos le gritaban a Dios que los calentara, pero hacía tanto frío que Dios se cobijó de tal manera que no escuchaba nada. Entonces todos caían, y se rompían como las más frágiles copas de cristal, descuartizándose al tocar el suelo, volando en millones de átomos azules y transparentes. Unos me miraban, pidiendo compasión, algo de misericordia, intentaban abrazarme, estar junto al único que no parecía sufrir, unirse al que ya se había acostumbrado a la soledad y a la muerte, venían hacia mí, se lanzaban con los brazos abiertos, me producían el más grande pesar, quería ayudarlos, sin embargo me apartaba, los dejaba caer, no hacía nada para salvarlos, vi algunos dientes conocidos, algunas carcajadas que al reconocerme callaron

y pidieron perdón, pero yo había perdido la capacidad de perdonar hace mucho y me tiré al pasto a verlos morir acostado, sabía que todos perecerían primero que yo, que los iba a ver irse a todos, que iba a morir de último, en la más gélida de las noches, sin ver ya más el sol. El último en irse. Esto no parecía hacerme sentir mejor.

Regresé a la ciudad flotando a ras del suelo, a veces arrastrando el cuerpo, ayudado por las manos. Todos los perros que me encontré en el camino se detuvieron a mirarme, algunos se acercaban a lamerme las heridas de la cara, otros volteaban el hocico y seguían olfateando las bolsas de basura. Hoy me enteré que un importante empresario extranjero, que planeaba invertir en la ciudad, iba a recorrer las calles y por eso recogieron a todos los pordioseros de ellas.

A la vera del destino, apoyado en un muro, cercano a las calles, veo como algunos pasan y advierten que hoy hace más calor que ayer. Desde donde estoy soy más sensible a los cambios climáticos. Pasan y dejan caer sus cosas y sus residuos. Algunos puedo comerlos, otros se filtran en el suelo y se pierden para siempre. Puede pasar que alguien deje caer un sonrisa, que necesariamente no es para mí, pero lo que cae en el suelo es del que lo encuentra, y eso puede ser algo... pero esto no ha vuelto ha pasar. Al voltear la esquina la última mujer que me notó dejaba salir un llanto indiferente y al perderse pude escuchar como se reía y su carcajada se iba al cielo, dándole fin al día, que en ese momento parecía alumbrar más allá de la luz, de la oscuridad y de la risa de los hombres.

HACIA EL BARLOVENTO

Vamos hacia el Barlovento. La costa se aleja o se nos viene encima sin que podamos controlar la fluctuación. Tratamos de por lo menos no perderla de vista. La vela caída en la última tormenta nos ha dejado sin timonel. Lo ha aplastado. Llevamos mucho sin comer. En este instante mordisqueo uno de sus dedos. Nos estamos comiendo al único que sabía controlar este potro marino. Otro se ocupa de la pierna y alguno ha preferido la lengua. Aunque juramos no tocar la cabeza, nadie le dijo que no lo hiciera. No quedan fuerzas para hablar, ni un prospecto de líder para entrarnos en orden. Vamos hacia el Barlovento y nos hemos comido al único que sabía manejar la nave.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

LA COSA APARENTE

La madre estaba sentada en una silla. Había llegado allí con la intención de limpiar una pequeña mesa de madera cuya acumulación de polvo ya le dejaba una marca negra en los dedos cuando los pasaba sobre ella. Aún no se decidía a limpiarla. Creyó escuchar algo afuera y se asomó por la ventana. La calle estaba desolada, pasaban algunas personas caminando en la lejanía, pero apenas si se distinguían. La madre cerró las cortinas y se quedó quieta. Por un instante sintió que estaba tan sola que hasta la ciudad misma se había vaciado por completo. Pero tenía a su familia, y lo sabía. Volteó y miró los muebles, pensó que si reuniera a toda su familia en ese lugar aún quedarían puestos libres. Era una sala pequeña. Entonces escuchó la puerta abriéndose y cerrándose. Luego la puerta del cuarto de su hijo abriéndose. No esperaba a nadie a esa hora y algo consternada se dirigió al cuarto del hijo, lentamente. Se acercaba con cautela por un pasillo largo que comunicaba la sala con las piezas y la cocina. El pasillo tenía una entrada de luz con arabescos. El sol penetraba con fuerza y el intenso contraste de luz con sombras hacía parecer que en aquel pasillo, en aquel momento, era de noche y era de día. La madre se detuvo frente a la puerta del cuarto de su hijo, no era posible que hubiese llegado a esa hora, pero tenía la certeza de haber escuchado la puerta abrirse y cerrarse. Empujó la puerta y contempló el interior. Su hijo esta-

ba tirado sobre un sofá adyacente a la cama. Se le veía tranquilo pero inmóvil. Tenía la mirada algo turbada. Estaba vestido como para trabajar, no muy ataviado, pero con el rigor de una oficina. La madre, parada en el marco de la puerta, esperó a que él notara su presencia allí. Nada pasó.

– ¿Qué haces aquí? ¿Te pasó algo en el trabajo? –le dijo la madre. El hijo no se movía en lo absoluto. La madre se acercó un poco y se sentó en el sofá. Por la ventana abierta totalmente entraba el viento libremente y la madre la cerró un poco porque le molestaban los ojos, aún así agradeció que fuera un día fresco. Miró un rato a su hijo y le acarició la cabeza.

– Estás un poco cansado, ¿eso es, eh?... Hoy hizo mucho frío, le cuesta a uno levantarse cuando hace un clima de estos, yo misma hubiera preferido quedarme todo el día en la cama. Pero no se puede. Tu padre me hubiera gritado a los cinco minutos, ya sabes, le gusta que el desayuno esté servido apenas va la mesa, no puede esperar. La vida no puede esperar a que uno se levante. Además ya salió el sol y el clima no está para quedarse quieto.

La madre se quedó esperando una respuesta de su hijo. Éste sólo parpadeó un par de veces.

– Esta mañana te vi salir, hasta te vestiste como de costumbre, tal vez un poco mejor, ¿por qué regresaste tan temprano? Apenas son las diez, no hace mucho saliste y ya estás aquí de nuevo... ¿No dices nada? Vamos, di algo, ¿pasó algo en el trabajo?... ¿Te despidieron? ¿Estás enfermo? Me asustas, vamos, deja de hacer esto ya, no estamos para estas cosas... dime ¿Sabes que estás aquí? ¿Avisaste? ¿Qué te pasa por Dios? Ni siquiera me miras ¿No miras a tu madre? ¿No puedes hablarle? ¿Qué ha pasado?

La madre intentó mirarlo a los ojos, era imposible. Pese a que él tenía los ojos siempre abiertos apenas si parecía notar que ella estaba ahí. La madre salió consternada de la pieza y fue a la sala

a llamar a un doctor, que antes, cuando su esposo tuvo algunos problemas de salud, se había tomado la molestia de ir hasta la casa cobrando muy poco. Al llamarlo se tranquilizó y se asomó de nuevo a la ventana. La calle continuaba desolada. Miró un rato y cerró las cortinas.

La madre fue a la cocina, que era un poco más oscura que el resto de la casa. La costumbre y la poca predisposición a cambiar las cosas de lugar le daban la habilidad de caminar por un terreno ensombrecido sin tropezar con nada, nunca le hacía falta encender la luz. Sin embargo ese día particularmente iluminado había oscurecido la cocina un poco más de lo normal. El cambio de iluminación le afectó un poco, pero al instante recordó la belleza del día afuera y con la sola luz de la memoria fue capaz de pasar por alto la circunstancia. La cocina tenía una mesa de madera rústica y alacenas en las paredes con cosas. La madre colocó una tasa sobre la mesa. De la alacena sacó un frasco con azúcar y probó un poco con el dedo. Le supo demasiado dulce y escupió en el piso. Calentó un poco de agua, con la cual preparó una taza de café. Regresó a la pieza del hijo y se sentó al lado de él.

– Ten, toma esto, recíbelo.

Sostuvo la tasa frente a él un rato, él no se movía. La madre suspiró y colocó la tasa en el suelo. Lo contempló en silencio.

– Ya vendrá alguien... ya vendrá y todo se va a poner bien.

Llamaron a la puerta. La madre salió a abrir y regresó con un hombre alto que cargaba un pequeño maletín. En el pasillo la luz entraba con más rabia. El doctor entró, vio al hijo e intentó saludarlo, el hijo lo ignoró absolutamente. La madre esperó en la puerta mientras el doctor examinaba al hijo, él se dejó hacer pero mostraba cierta incomodidad con la situación. El doctor salió y la madre fue tras él. Ambos se sentaron en la sala, ella en la silla

larga y él en una pequeña.

– ¿Qué tiene?

– Algo muy grave creo yo.

– ¡¿Qué!?! – preguntó la madre hundiéndose en la silla.

– Nada, no tiene nada, está en perfecto estado de salud,

y eso es muy grave, una persona en perfecto estado no estaría como está él, lo que tiene él no tiene que ver con la medicina, nada podría hacer yo, es decir... no está enfermo, lo que significa que no hay modo de curarlo, no con medicina...

– ¿Está seguro?

– Se podría hacer otro tipo de exámenes para ver si tiene algún daño de tipo neurológico, pero le puedo asegurar que más allá del resultado de esos exámenes sea lo que sea que tenga es por cosas muy lejanas a mis capacidades como médico.

– Gracias.

El doctor salió y al cerrar la puerta el sonido retumbó en la casa. A la madre le pareció escuchar el sonido de mil puertas cerrándose sobre su cara, una tras otra, hasta que ya no tuvo cara.

La madre entró al cuarto con una cobija y arropó a su hijo.

La novia subió por unas escaleras. Para llegar a la casa de su prometido debía dejar el carro varias calles más abajo ya que la zona donde éste vivía se había construido sólo con vías peatonales, para conservar la tranquilidad y alejar las casas del ruido de los carros que pasaban a grandes velocidades por las calles anchas de más abajo. Al llegar al punto más alto de las escaleras se detuvo y miró el cielo. Las nubes eran un sólo manto de algodón y luces claras, ella pensó que eso era la felicidad, algo tan lindo y tan lejano que uno ni se atrevía a levantar las manos para alcanzarlo, pero sólo sonrió, era una hermosa imagen y por otro lado a ella le bastaba con mirar desde lejos. Luego volteó rápidamente, como si sintiera que alguien la seguía. No había nadie, ni en la distancia, ni carros, ni nadie. Era un día absolutamente tranquilo y hermoso. Llegó a la puerta de la casa. Esperó un rato. Tocó finalmente. Esperó. Le abrieron.

La madre y la novia se sentaron en la sala, en la misma silla. La novia empezó a hablar apenas se había sentado.

– Lo he llamado al trabajo y me han dicho que no estaba, que no sabían ni dónde quedaba su puesto de trabajo, luego que sí, que ya sabían, pero que definitivamente no estaba, que no sabían por qué, que no, que no era jornada especial y que él sí debía haber estado ahí, que sí estuvo pero que ya no estaba y que no sabían por qué, no parecían muy interesados hasta que alguien pasó y sí estaba interesado, mucho quizá, gritaba incluso, me preguntó que si yo no sabía y le dije que no, porque yo era la que menos tenía idea, sólo llamaba a saludarlo, pensando que estaba en su lugar de trabajo, pero no, no estaba, y no sabía dónde podía estar, llamé a otras partes primero y nadie sabía nada, supe entonces que debía haber regresado a su casa, por lo que lo conozco, eso es lo que haría, pensé, y acá estoy, tranquila de saber que por lo menos sé dónde está, ahora necesito saber exactamente qué es lo que pasa.

– Yo también quisiera saberlo.

– ¿Cómo así? ¿No está acá entonces?

– Sí...

– ¿Entonces cómo es que no se sabe qué pasa? ¿Se ha encerrado en su pieza?

– No.

– ¿Entonces qué te ha dicho, por qué ha regresado del trabajo a esta hora y sin autorización?

– No sé.

– ¿Pero por qué no sabes?

– No me ha dicho nada, no se ha movido.

– ¿Está enfermo?

– No, ya vinieron a revisarlo, está perfectamente.

– ¿Entonces?

– No sé, se niega a hablar.

– ¿Pero por qué?

– Te digo que no sé, si quieres pasa a verlo.

La novia entró al cuarto y se paró frente al sofá. La madre esperó en la puerta. La novia estaba consternada y si bien al comienzo esperaba algún tipo de respuesta de él ahora parecía comprender un poco lo que pasaba y su gesto era de algo entre la conmoción y la resignación. Lo miró de cerca y se quedó esperando respuesta, no la obtuvo. Entonces se arrodilló junto al sofá, justo frente al rostro de él. La madre salió.

– Hola... ¿A mí tampoco me vas a decir nada?

Lo miró en silencio. Se acercó, lo acarició y le dio un beso. El no se movió.

– Te llamé al trabajo y no estabas, era muy temprano para que te hubieras ido, algo pasaba... y yo no me lo esperaba porque todo estaba bien, ¿no era así? Estabas en tu casa, en una habitación confortable con vista a una calle tranquila y poco transitada, te gustaba la tranquilidad, la contemplación... poco ruido, sólo algunos carros que frenaban tan lejanos que uno pensaba que era en otra ciudad... tenías un trabajo agradable, ¿no era así? Nunca te quejaste conmigo, nunca me hablaste de eso, era poco esfuerzo, no tenías que cargar grandes pesos, ni grandes responsabilidades, tenías un horario cómodo, podíamos vernos casi cuando queríamos... no te pagaban mal, la pasábamos bien, nos quedaba tiempo para eso, nunca te quejaste, todo estaba bien... en apariencia, tampoco nunca te sentiste afortunado, o a mí no me lo dijiste, ¿era un artificio, no? La vida artificiosa, nunca dijiste nada, no a mí, ¿Cómo iba a saber? ¿cómo?... Ahora esto, que no se sabe qué es, o sí se sabe, tal vez se veía venir, cuando callabas de repente, el silencio del alma, y me mirabas sin saber que era a mí a quien estabas viendo, pero nunca te quejaste, dejaste caer tus brazos para que no hicieran nada nunca más, pero no te quejaste, permitiste que el tiempo pasara sin decir nada, y ahora estamos en el tiempo del no tiempo, en silencio...

Ella hablaba sola, como un sordo que dispara al aire buscando aturdirse, él no se movía. Entonces, después de mirarlo con unos ojos mordidos por la ira, se descompuso y salió llorando.

La madre vio pasar a la novia hacia la puerta y salir. Se asomó a la ventana y volvió a sentarse.

El hijo estaba acostado sobre el sofá, en la misma posición anterior. Un cucarrón caminaba sobre su rostro. Las torpes patitas del animal se enredaban constantemente en las vellosidades de su cara y el cucarrón parecía hundirse en sus mejillas, tan blandas y frescas que decidió anidar allí. Él movía la cabeza para espantarlo pero ante la inutilidad del esfuerzo se rindió al instante. Al llegar a sus párpados abiertos el brillo del sol que por la ventana entraba reflejado en sus ojos aturdieron al cucarrón. Salió volando por la ventana y entró a una casa cercana. Es probable que allí haya muerto.

El padre caminaba rumbo a su casa. Una señora delgada y mal vestida le deseó un buen día. Esto le alegró un poco y le sonrió con una sonrisa sincera y le deseó un buen día también. Al darle la espalda la señora le agarró por el hombro y con un gesto de miseria le pidió algo de dinero. El padre recompuso su mueca y le retiró la mano con ira, le dio una moneda de poco valor y continuó rápido y sin respirar. Llegó a su casa y entró a la sala. Se quedó mirando a la madre mientras dejaba unas cosas sobre una mesa.

– Vengo de cobrar... he dejado el carro y he preferido caminar, desde la ocho de la mañana, y no tengo nada, lo único que me han dado es un portazo y una promesa de pago tan falsa que el tipo no fue capaz de darme la mano al despedirse... le hubiera quebrado los dedos... todos se hacen los idiotas, como si fuera una epidemia, una devastadora epidemia de idiotez que ha acabado con la sensatez del mundo y a mi bolsillo con él... ¿y a mí qué con eso? Que sean idiotas si quieren, pero mi dinero debería estar conmigo y no con ellos...

– Ve a ver a tu hijo – le cortó la madre.

– ¿Por qué me dices eso? Ya lo veré, claro que sí, ya iré a verlo...

– Ve ya...
– Te he dicho que ya lo veré, ¿por qué el afán? ¿Está enfermo?
– No.
– Entonces lo veré después, cuando tenga que ser, ahora debo ocuparme de algunas cosas. – pensó un rato – ¿Por qué no está trabajando?

Ella lo miró y le habló con determinación.

– Ve a ver a tu hijo.

El padre calló sorprendido y se dirigió la pieza del hijo. Al llegar entró rápido y con firmeza. Se hizo frente al hijo con pose recta y firme. Lo miró extrañado pero sin mucha expresión en el rostro.

– ¿Ya ha salido del trabajo?

Él no se movió

– ¿Ha salido antes de tiempo?, debería cambiarse de ropa antes de acostarse de esa manera... ¿No me escucha? Le estoy hablando ¿Por qué ha llegado a esta hora del trabajo?

Él no se movía ni le contestaba, el padre lo sacudió un poco.

– ¿Por qué no me contesta? ¿Se hace el idiota usted conmigo también? Ni siquiera me mira, ¿qué ha hecho que no me puede mirar a los ojos? ¿Se le ha entorpecido la lengua? ¿Se está muriendo?

Lo miró un rato y salió furioso. Fue a la sala y se sentó junto a su esposa. Resoplaba como un caballo con una pata quebrada.

– ¿Ya lo vio el doctor? – dijo el padre calmándose un poco.

– Sí.

– ¿Uno bueno?

– Sí.

– ¿Y no tiene nada?

– No.

El padre regresó al cuarto del hijo. Entró y se paró frente a él.

– Sé que me escucha, le digo que no voy a tolerar este tipo de actuaciones, si no quiere trabajar no lo haga, pero aquí no va a vivir, menos si no dice nada...

El padre esperó respuesta. No la obtuvo. Salió, esta vez no resoplaba. Fue a la cocina y encontró a la madre preparando algo de comer sobre una bandeja. Encendió un cigarrillo y le ofreció uno a la madre. Ella no lo aceptó.

– Será mejor que se solucione esto pronto – le dijo a ella y botó un poco de humo por la nariz.

– Es lo mejor.

– No voy a aguantar que alguien que ya es hombre esté echado como un perro viejo sin hacer nada.

– ¡Nuestro hijo no es perro viejo!

– Tienes razón, los perros ladran y mueven la cola.

– Se encuentra de esa forma porque tiene algo.

– Yo sé qué tiene.

– ¿Qué?

– Pereza, absoluta y determinante pereza.

– No es eso, yo sé que no es eso.

– ¿Y qué es entonces?

– No lo sé, pero no es nada de lo que has dicho.

– Yo sé que sí, tengo razones para decirlo.

– ¿Cuáles?

– Le he escuchado hablar porquerías de su trabajo, la oportunidad que le han dado... le he escuchado, créeme que le he escuchado, le parece vergonzoso, ¿no me crees, eh? Si le he oído, hasta estando solo lo ha dicho, no cualquiera tiene la oportunidad de tener un trabajo honrado, es una fortuna, ¿y qué hace él? Se queda echado en su pieza y no da ninguna explicación, abandona su puesto a la mitad de la mañana como un irresponsable, ¿no es eso inhumano? Dejar de lado a los demás, deshonorar la sangre faltando a sus obligaciones, no importarle ni lo que piensen sus propios padres, eso no es humano, dejar a su padre en ridículo...

– No digas eso, él nada te ha hecho

– ¿Nada me dices? ¿Sabes lo que me ha costado conseguirle ese puesto, cuando ni siquiera se interesó por la universidad? Debería agradecer no haber acabado de portero, o una cosa peor, un delincuente, ese era su destino natural, eso es lo que él había escogido, ¿y qué he hecho yo? He prestado mi nombre para que le dieran empleo, y no cualquier empleo, es mucho más de lo que puede conseguir alguien que no ha estudiado... nada le importa, ni siquiera me ha dirigido la palabra, no puede ni mirarme a los ojos...

– ¿No puede o no quiere, o no le importa?

– Tanto peor si no quiere o no le importa.

– Uno no escoge esas cosas, uno no escoge que no le importe nada, ¿crees que él está bien así? ¿Que lo hace por placer?

– ¿Por qué lo hace entonces?

– Algo le pasa.

– ¿Qué?

– No sé, no sé qué le pasa.

– No quiere trabajar, eso es lo que pasa.

– A veces quisiera...

– ¿A veces quisieras qué? –Preguntó el padre pisando el cigarrillo con el zapato.

– Olvídalo.

– Dime, dime lo que me ibas a decir...

– Olvídalo.

– Dime, ¿me tienes rabia? ¿Me odias?

- Mi respuesta te heriría mucho. –Dijo la madre mientras soplabla el café para que se enfriara.
- Tírame el café en la cara.
- Lo haría, pero no hay más.
- Ya le encontrarás mejor uso ¿no? ¡Tíramelo!, ¡Que me lo tires digo!
- Antes de arrojarlo en tu cara prefiero dárselo a él con algo de comer, quizá algo así es lo que le haga falta.
- No esperes que coma de mi comida
- No esperes que lo deje morir de hambre.
- El que no usa sus manos para trabajar no las usará para comer, no en esta casa.
- Está enfermo.
- No está enfermo.
- No sólo el cuerpo se enferma.

La madre no dijo más. Se frotó los ojos con el envés de las manos, se fue con la bandeja y dejó el café. El padre encendió otro cigarrillo y se tomó el café en menos del tiempo que se demoró apagándose el fósforo que utilizó para prenderlo. La madre entró al cuarto del hijo cargando la bandeja y haciendo a un lado una suciedad imaginada la dejó al lado de él. Lo contempló un rato mientras el viento que movía las cortinas las levantaba tanto que se veían como una línea trazada sobre la ventana. Pero la madre no notó esto. Llamaron a la puerta y ella fue a abrir. Al hacerlo vio a la novia que llegaba de nuevo. Se miraron en silencio. Tanto silencio que parecía que la vida de todos los que han nacido y han muerto en todos los lugares se quedaría atascada ahí, en ese instante sin acción y sin pensamiento. La continuidad de la escena se debió al afán exacto de dos masas heridas en movimiento que pretendían impactar con una tercera ya vencida y expulsada. La novia entró, y tras ella todas las imágenes que recogió en las calles al pasar por ellas. Cuando la novia llegó al cuarto trató de actuar naturalmente. Fue a la ventana y habló mientras miraba por ella.

– Ahora ya se ha aclarado un poco más, es casi medio-día... ni siquiera se puede levantar la cara al cielo, y aún así se puede decir que hace un bonito día, claro pero sin calor. – estiró la cabeza hacia la ventana como si tratara de escuchar algo – Nada se escucha, todo está en silencio, nada se mueve, el mundo está en tu misma condición, pero las cosas siguen pasando, sea como sea, y hagas lo que hagas, en este momento alguien llora y alguien pierde algo que nunca va a recuperar, probablemente lo olvide o tal vez no, probablemente uno lo conozca y si lo conoce probablemente sepa lo que le está pasando, pero lo más seguro es que no, su vida ha sido tirada al corral de los cerdos y uno no se ha dado cuenta, sólo cuando ya no se puede hacer nada... sólo cuando todo está en silencio y nada pasa, ahí es que uno lo nota y se preocupa por aquella persona, sin entender nada, pero uno está ahí, viéndolo todo, y a pesar de eso jamás intuye que a uno le está pasando lo mismo... pero las cosas seguirán pasando y en el momento en que pasen alguien que uno seguramente no conoce estará recuperando algo que alguna vez perdió y que ya había olvidado... pero sé que nunca olvidas nada y yo probablemente olvide esto.

Se acercó a él nuevamente. Le cogió la cabeza y lo intentó besar, él se movió sólo lo justo para evitarla y miró hacia otro lado. Ella lo miró consternada y lo soltó, se puso de pie. Lo miró con rabia, luego se calmó un poco. Se dirigió a la ventana nuevamente y miró hacia abajo. Un perro olfateaba la puerta y luego salió corriendo detrás de una rata. La rata se escabulló en una alcantarilla y el perro se echó a mitad de la calle cansado y vencido. Sacó de su bolso un pequeño espejo. Lo colocó frente al rostro de él, que miraba el techo.

– ¿Ves esto?... No, no lo ves, ya no puedes verte a ti mismo, pese a que es una imagen hermosa, ¿no ves nada? Dime, ¿no es así?

Entonces la novia rompió el espejo contra el suelo, éste se cuarteó y se cayeron algunos pedazos. Ella le habló mientras se miraba en el espejo roto.

– Mira lo que veo yo cuando me miro, escombros, fragmentos de algo deforme e incompleto, no me gusta lo que veo, pero me reconozco, esta soy yo y no queda nada más que mirarme...

Dejó el espejo en el suelo junto a los trozos rotos y la bandeja. Lo acarició y retiró la mano con rabia.

– Esto se te pasará... espero.

La novia salió de la pieza y se encontró con el padre que iba entrando. La luz que se filtraba en el pasillo se arremolinaba alrededor de ambos. La novia se interpuso entre el padre y la puerta. El padre intentó apartarla con la mano y ella se resistió.

– ¿Usted no sabe nada, no? Nunca lo supo, no vio nada, a pesar de que usted puso mucho en esto le importó siempre más que se pareciera a usted y no a él mismo, usted sólo se mira a sí mismo y lo ve a él como una prolongación suya, no como a un hijo, no como a un hijo por Dios...

El padre la miró por un tiempo sin moverse. Luego le dijo.

– Váyase.

La novia volteó de inmediato como si fuera una orden de muerte y salió de la casa sin cerrar la puerta. El padre entró al cuarto, vio el espejo roto en el piso y lo corrió con el pie. Se fijó en la bandeja con la comida intacta. Dio una vuelta por la pieza y sacó un cigarrillo de la cajetilla, lo prendió y dejó la cajetilla sobre la cama. Se dirigió al hijo como se dirigen los generales a los reclutas cuando han perdido una batalla imposible de perder.

– Le dije a su mamá que no le diera nada, usted no

lo merece, aún así le ha traído algo y ni lo ha tocado... ¿Usted cree que yo compro la comida para esto? ¿Para que se desperdicie de esta forma? Malagradecido, eso es lo que es usted, un vago malagradecido, pues ahora se va a comer esto quiera o no.

El padre botó el cigarrillo por la ventana y sentó con violencia al hijo en el sofá, le puso la bandeja en el regazo y le hundió las manos en la sopa. Lo miró amenazante y esperó a que comiera, él no se movió. El padre estalló y comenzó a meterle cucharadas de sopa en la boca hiriéndolo y regando todo sobre él. Entonces tiró la bandeja y salió

La madre escuchó a su esposo gritando, esperó un rato y fue al cuarto de su hijo. Al entrar vio todo el desastre, recogió los vidrios y los puso en un rincón. Pensó en llevarlos a la basura más tarde, justo después de limpiar el polvo de la mesa de la sala. Levantó los platos y los colocó en la bandeja, trató de limpiar al hijo con el extremo de su falda y lo acostó en el sofá de nuevo.

– Di algo, por favor di algo...

Él no habló, pero destempló un poco la quijada dejando salir un airecillo. La madre sintió el mismo aroma de su placenta desaguándose el día en que le tuvo. Él se acomodó un poco en el sofá pero pronto dejó de hacerlo, no parecía haber quedado muy cómodo. Ella lo miró un rato y se marchó.

La ventana de la sala estaba abierta, una corriente de aire entraba y traía consigo el olor de la carne que alguien comía en alguna casa lejana. La madre se sentó en la mesita de centro y se quedó absolutamente quieta.

La novia descansaba sobre su cama. En el lugar donde ella vivía, a una media hora de donde su novio en carro, hacía algo de calor. Se había desvestido para refrescarse. Decidió darse un baño y antes de hacerlo marcó a la casa de su novio. No le contestaron. El teléfono sonó. El padre se acercó y arrancó el cable de un tirón. Se dirigió al cuarto de su hijo. Intentó abrir la puerta pero estaba con seguro. Intentó abrirla a la fuerza, no pudo, se marchó. Fue

a la cocina y buscó algo, como estaba un tanto oscuro tardaba en encontrarlo, empezó a arrojar objetos al suelo en medio de la desesperación para luego recogerlos y ponerlos con cuidado en el lugar donde estaban, nunca se le ocurrió encender la luz. Un gato que venía a la cocina todas las tardes a robar sobras de carne de la cesta de la basura observaba escondido bajo la mesa. Veía todo como una escena patética. Hubiera agradecido ser gato y no humano, pero los gatos no piensan en eso. Tomó una cabeza de pescado de la basura y se fue. El padre respiraba con dificultad y al fin tomó unas llaves que estaban sobre una puntilla. El padre se acercó a la puerta colérico, con la llave mordida entre los dientes. La introdujo en la cerradura con torpeza, abrió y entró. El hijo estaba sentado en la cama, tenía la mano derecha entre las piernas y dejaba consumir un cigarrillo entre los dedos de la izquierda.

– Ahora está en la cama, ¿es más cómodo ahí, fumando mis cigarrillos, no? ¿Cómo va a terminar esto, ah? ¿Va a terminar usted acostado en nuestra cama acaso, o colocándose mi ropa? ¿Acabará quitándome a mi mujer mientras yo trabajo para mantenerlos a ambos? ¿Acostándose con su propia madre? Sólo se ha levantado para ponerse más cómodo, para eso sí tiene fuerzas... si no se levanta de ahí en este mismo instante y me da una explicación tendrá que irse de aquí ya mismo... ¿No dice nada? ¿No hace nada?... Salga de mi casa inmediatamente, llévese lo que necesite... Váyase ya mismo o lo saco... es la última vez que se lo digo.

Él no se movió. El padre avanzó hacia él con furia y lo tomó en brazos, al levantarlo el hijo cayó e impactó fuertemente contra el suelo. El padre lo agarró esta vez de los pies y le llevó a rastras, el hijo no opuso más resistencia que la necesaria para no arrastrar su cara por el piso. La madre se interpuso y trató de impedir que lo sacara.

– ¡¿Adónde lo llevas animal?! ¡Déjalo! ¡Déjalo!

El padre continuó y lo sacó entre el forcejeo con la madre y el llanto de ésta. Llegaron a la puerta, el padre lo arrojó a la calle, él cayó como un bardo, la madre lo abrazó en el suelo mientras lloraba. El padre se empinó un poco y dijo:

– Si te quieres ir con él vete, pero no vuelvas, no dejarás tu hogar abandonado.

El padre esperó un rato y la madre no dijo nada. El padre cerró la puerta.

La madre bajó con el hijo por las gradas de piedra. Eran largas gradas que subían desde el río. Gimoteaba y respiraba cortado por el peso de su hijo. Ambos cayeron y ella se golpeó muy fuerte. Ella lloró en el suelo por un tiempo. En el golpe quedó algo herida y le costaba moverse, además parecía estar asfixiándose en el suelo. Le pidió ayuda a su hijo, él no hizo nada. Se levantó y lo levantó a él, siguió caminando, esta vez cojeando un poco. Llegaron a un parque lleno de árboles, donde volaban algunos pájaros y olía a hierba mojada, aunque no había llovido en muchos días. Sentó a su hijo en una silla y se hizo a su lado. No podía más del cansancio. Se quedó ahí. Pasó un tiempo en silencio y poco a poco dejó de gimotear hasta casi no producir ruido. De repente paró el padre en un carro. Pitó.

– ¿Vienes o te quedas? – la madre no lo miró, respiró hondo, apretó los dientes y abrazó al hijo inerte –¿Abandonarás tu hogar de esa forma? No sabes hacer nada, ¿qué harás fuera de tu hogar sin mí a tu lado? ¿Qué? Dime –Ella evitaba mirar al padre y abrazaba al hijo –¿Este inútil te dará de comer? Si no subes ya nunca vuelvas a la casa.

Sobre la silla la madre lloraba y no sabía qué hacer. El padre se quitó el cinturón de seguridad y abrió la puerta del carro. Ella

lo miró y abrazó al hijo. Pasó un tiempo. Se levantó y miró, como quien suplica, al hijo, que no la determinó. Se alejó lentamente y subió al carro. Marcharon por una calle sin hojas. El hombre quedó sentado en una silla. No miraba a ningún lado. Pasó un niño con un juguete y lo miró extrañado. El hombre lo miró detenidamente. Se miraron con recíproca atención, por primera vez él miró algo fíjamente. El niño dejó caer el juguete. Se acercó y se sentó a su lado. Miraban ambos hacia el frente.

De una casa cercana salió una madre llamando a su hijo. Buscó un rato y apenas vio un juguete arrojado a mitad de la calle. A pesar de que caía la noche el cielo estaba iluminado. Era un día realmente hermoso y se podían ver en el cielo tres jóvenes cucarrones alzando vuelo hacía un sol de un color que jamás se volvería a ver.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

PERO AQUÍ NO

Acostarse y pensar, esas cosas pasan. No. No en esta casa. No, no piensa, sólo se acuesta. En su casa. En casa soy un hombre seguro, en casa, si salgo... debería mantener las manos en los bolsillos, me vería obligado a mantenerlas allí justo hasta que tenga donde ponerlas o donde... no, eso no. Si no saliera, eso nunca podría ser, y por el contrario contara con todo lo necesario para sobrevivir ahí, necesitaría además un cuerpo que no tengo y que pudiera moverse por ella. Si tuviera aquel cuerpo, no sería necesario uno fuerte o esbelto, las cosas no estarían mejor, un cuerpo requiere de grandes espacios para ser cuerpo y, esto es importante, esos espacios sólo los hallaría lejos de mi casa. Podría ir lejos, pero eso lo haré después. Puedo hacerlo y nada me lo impediría. Esas cosas no lo hacen sentir a uno mejor, aunque cabe mencionar que se le reconocen y, en perspectiva, pueden significar ciertos beneficios. Esto no es importante. Hay otras cosas. Tengo un violín y un lápiz, y aún, pese a los consejos de personas cercanas, no he decidido si ser músico, dibujante o poeta. Bastaría un impulso para decidir. No me inclino por ninguna, para las tres carezco de talento, así, soy afortunado: no tengo responsabilidades con la gloria o la posteridad, no puedo pretender cosas ni trazar líneas en el horizonte para alcanzarlas. Podría dibujar el violín con el lápiz y hacerlo sonar escribiendo un verso. Un verso. Eso suena mal, muy mal. Verso.

El violín no sonaría, menos con un verso. Eso sería... Eso se sabe... Un verso. Ja. Mejor no hablar de eso. Mejor no dibujar nada y no mencionar esa palabra nunca más. Nunca más. Sería un desastre. Bueno, ahora... una palabra menos. Eso es bueno.

Sobre la cama he puesto el violín, ahí está salvo de sonar, protegido por su estuche. Bueno, no es obligatoriamente un estuche muy grueso. Es algo como... Hay que decir que el violín no tiene estuche. Lo he puesto sobre la cama. El lápiz... del lápiz hablaré después. La cama. Sobre ella he puesto el violín para que no suene. No ahora. Me preocupa que tendré que acostarme en ella cuando llegue la hora de dormir, ¿dónde pondré el violín entonces? ¿Qué haré con él? Estas cosas me preocupan. Desconozco otros lugares que puedan albergar algo así, tendría que pensar mucho al respecto y me diría: *“pondré el violín, sí, lo pondré... pero no aquí, pero no aquí”* y finalmente no hallaría donde ponerlo; después de eso me vería en la obligación de tocarlo ¡El violín suena! Eso es un descubrimiento. Y tocándolo me podría hacer a la cama, dormir en ella, o intentarlo, pero... podría dormir en otra parte, debería, fuera de aquí por ejemplo, o fuera de otros lugares, pero no aquí, pero no aquí. Allá. O más lejos que eso, lo más lejos que pudiera ir, entre las dos montañas que veo ahora, entre el espacio que hay entre ellas y entre ellas mismas. Sería un viaje largo, o por lo menos un viaje. Me desplazaría. Desplazarse ¿Y después de eso qué? Llegaría a las aguas, un río, o un lago tal vez, un pequeño estanque, eso me gusta más. Un estanque. Pequeño, de aguas claras y fondo verdoso, y sobre la superficie muchas hojas amarillas y rojas con la forma que tomaron al caer. Quiero describir esto de la mejor forma. Llegaría por uno de los costados, bajando asiéndome de las raíces y las ramas bajas, esto tomaría... un minuto, habría arbustos rastroeros, de flores pequeñas y exactas, de un solo pétalo, o dos, o tres. Sería algo para mirar despacio. Y ya llegando sentiría el olor frío del agua, y en la piel el vapor de su fondo hirviente, esto... hirviente, digo esto sin que sea muy caliente. Una temperatura acogedora. Fría y caliente. Al verlo me dejaría caer, ya desnudo, despojándome de mis vergüenzas para lavarlas, o dejarlas a un

lado, eso no es importante, lo que hay que notar es la caída: Larga, recta y sin sobresaltos, como si regresara al lugar donde pertenezco y lo hiciera como algo natural. Una caída natural, eso es. Luego vendría esta cosa de la temperatura, cosa que entonces no representaría un factor determinante: me desprendería de mi piel, la doblaría y la pondría a un lado para que se secara, luego la podría usar como un abrigo o haría un sombrero de ella. La cabeza tiene que estar protegida, eso es importante. El agua, el estanque, sí el estanque. Tras permanecer en el agua debería prescindir de varias cosas, como de... no son cosas visibles, son cosas corrientes o que si faltaran nadie extrañaría y de las que nadie quiere conjeturar al respecto, nadie, digo nadie sin saber si nadie existe. Y volvería adonde pertenezco, lejos de la tierra de mi madre, donde está mi lugar. Eso no se discute. Y estando allí vería a aquel hombre sucio y abandonado, que es golpeado por cosas que no conoce y que rueda, raspándose contra las virutas del suelo y el detritus de un cielo arruinado y goteante, para caer al borde de la casa de los más grandes para temblar de miedo, tan rápido que parece que no se mueve y que se quedará allí hasta que no haya nadie y pueda ir a otro lugar a ser golpeado, a asustarse y a temblar. Y entonces yo diría:

– Ése, ése que hasta ahí fue arrastrado y que ahora tiembla, ese soy yo –Y debería vivir con eso, pero algo, mucho más grande que yo, me diría:

– Vivirás, pero no aquí, pero aquí no.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

DESPACIO

Antes de salir y hacerme hombre quiero algunas cosas. No son cosas especiales, ni siquiera para mí, pero me son suficientes y no quiero otras. Quisiera que mi madre, falta que no haya muerto en el momento en el que esto pudiese suceder, cantara como cantaba antes, o como, mi memoria es capaz de estas cosas, nunca ha cantado. No espero una canción de cuna, sé que mi madre me quiso tanto que jamás hizo falta una, siempre estuve entre sus brazos, por lo menos hasta que pude desplazarme erecto sin su ayuda. Aún se me puede ver prendido a ella en las noches en que mi cama es muy grande y yo muy pequeño. Ella, a pesar del incremento de mi peso corporal, sabe resistirme y no me ha dejado caer nunca. Mi madre es una mujer fuerte, pero ya no canta como antes. Procuraré, antes de arriesgarme en la lejanía, más allá de donde puedo ver ahora mismo, entre árboles y caminos extraños, escuchar aunque sea una vez más como respira hondo, como deja salir el aire contrayendo ciertos lugares en la garganta, tan suave que se podría decir que no es un sonido lo que produce, sino que deja salir su alma, para que acaricie la mía y la haga sentir cosas.

De mi padre no pudiera esperar siquiera que me extendiera la mano. Evita el contacto físico y considera una ofensa el que uno se acerque más allá de lo que el ha dispuesto. Eso lo he aprendido bien y he tratado de aplicarlo sin ninguna clase de éxito aunque

sin arrepentimiento. Aún así no se podría decir que ha impuesto una distancia entre nosotros. Tiene una mirada grave y cálida, parpadea con suavidad y no hay mejor reconfortante que su mirada tendida en uno, por el tiempo que sea, supliendo la ausencia de sus manos y de sus labios. Es de esperar que al marchar me detenga pasos después de haber cruzado la puerta y voltee repentinamente a buscar su mirada, a modo de despedida. Pero con seguridad él no estará ahí. Se ha hecho muy viejo y se le han olvidado cosas, entre ellas mi existencia. Aunque conserva el peso de la mirada, ahora me mira extrañado, esforzándose por no olvidar que somos animales de la misma especie y que no represento un peligro. Le he visto temblar y hasta algunas veces me ha gritado, si sus gemidos estertóreos pueden ser gritos, que me vaya en la lengua de sus padres.

Me he sentado en el tejado a pensar en aquello. Desearía que ambos estuvieran en condiciones de despedirme. Pero sé que han perdido el deseo de mi cercanía y la conciencia de haberme dado la vida.

Aún así espero, al lado de la puerta, a que alguno de ellos aparezca para poder marchar.

TODOS LOS HIJOS DEL PADRE

Febrero 17: (*Los espejos o los potros de la dignidad*)

Los párpados se desatan, ora el derecho, ora el izquierdo. Me encuentro ahí, siento haber dormido años y aún así sé que he despertado sin haber dormido. Un rojo crepuscular baja hasta mi habitación; desde ahí pasa del carmesí fangoso de la tarde que cae con torpeza al turquesa de la noche que se aposenta. Un gran miedo a morir si me levanto me invade. Recuerdo ese ruido sordo, que venía desde el origen del mundo y que me hacía caminar de lado. Me levanto y comienza una larga espera. En las calles se escucha el rumor de los hombres que se pasean sin destino alguno, esperando el alba para dormir. El orden natural de las cosas parece haberse alterado. Me dirijo a la ventana a asomarme. Me detengo, no quiero ser visto, podrían llamarme, señalarme o venir por mí, para que los acompañe. No quiero estar con ellos pero me quiero ahorrar el esfuerzo de dar complejas excusas para no parecer descortés, no quiero parecer descortés, me quiero ahorrar las disculpas. Busco un espejo, lo ubico frente a la ventana y dispongo las cortinas para perderme en ellas. Miro a través del espejo, mi impunidad está asegurada desde este ángulo, puedo verlos sin que me vean, puedo escucharlos sin que me escuchen, la cortina y el espejo me esconden de todos. La gente murmura. En las calles hay un hombre, dicen, que va desandando sus pasos, y que, presto a ayudar a los

demás, desanda los del que así se lo pida, hinchado siempre de buenos deseos y de una majestad divina. Es un santo, dicen también, y no ahorra sus milagros, no hay error que no pueda ayudar a enmendar ni culpa que no se olvide cuando él así lo quiera. Ahora todos callan, creo escuchar que alguien dice que se acerca. Todos se dan la espalda entre sí y se estrellan unos con otros buscándolo en todas las direcciones, cegados por la esperanza del perdón. Corren en círculos y tropiezan constantemente. Muchos mueren en el suelo, pisados por los demás, hasta hacer que su cuerpo se una con la tierra. Nadie lo ve y no tardan en desilusionarse. Todos se marchan en soledad y se preparan para dormir por siempre. Todos se marchan sin haberlo visto, cargando con los pecados que ya traían y ahora con la más grande decepción, que es un pecado dos veces más grande. Todos se marchan a dormir por siempre. Nadie lo vio. Pero el hombre está ahí, está ahí.

Noviembre 1: (–)

No pasa nada.

Noviembre 2: (*Sentencia más allá del destino*)

La cama ha dejado de parecerme cómoda. No la dejo pero me reprocho no hacerlo. No pasa nada, sólo el tiempo. Los ojos me arden y mis párpados están tan atrofiados que se me dificulta unirlos. Llevo encima tantas noches eternas, tantos días que eran años, todos parte de un mismo suspiro que no cesa y no cesará, no con el sueño, tal vez con la muerte, pero no con el sueño.

Noviembre 3: (*Centinela de su sombra*)

Hay una pequeña silla sobre la puerta de mi habitación, no recuerdo haberla puesto ahí, pero ahora, cuando el crepúsculo del último sol caído ha quedado aislado en mi habitación, su utilidad se hace visible. Puedo sentarme en ella e impedir la entrada de cualquiera que intente llegar a mí. Seré mi guardián, seré inflexible, nadie entrará, nadie saldrá, al menos que yo lo permita. Y no lo permitiré.

Noviembre 4: *(La esfera y el cubo)*

Como una esfera atrapada en un cubo, mi habitación se hace larga, ancha y alta en proporciones exactas, y yo ruedo por ella, como el eco de un grito ebrio en una botella vacía. Mis aposentos, un cubo, una cámara en custodia, habitáculos desmemoriados, olvidan su forma, se construyen a sí mismos, en una mano un mazo en la otra un ladrillo que se sobrepondrá a otro, un cuarto que se hace y se deshace, y yo estoy en él, rodando, acelerando al agitarse mi respiración, escribiendo mi recorrido en las paredes, de rodillas, acostado, caminado en las manos, cayéndome, cayendo, caído.

Noviembre 5: *(Don pirognóstico)*

Mis manos. La fuente del dolor está ubicada fuera de mí. Mis manos saben hacer cosas. El fuego se alimenta del aire que respiro. Mis manos han hecho cosas. Soy el combustible de una hoguera que estalla cuando respira. Mis llamas son el futuro, son mis manos. Mis manos tocan y transforman, tocan y crean, crean y destruyen. Me hago a la cama. Tomo posesión de ella. Es mía, es para mí, es mía. La cama arde al acostarme, su madera no se quema, mis llamas no quemar, las llamas no quemar. En mi cama está el futuro, su madera es resistente como la estructura que sostiene el tiempo. En mi cama está el futuro, mis llamas son el cristal que lo muestra, brillante, hecho de vidrio, frágil. En mi cama está el futuro, mis manos me transportan a él. En mi cama está el futuro, en mi cama pasarán las cosas que tengan que pasar, mis manos me llevarán a ellas, mis manos son fuego de vida. En mi cama está el futuro, mi cama es el futuro.

Noviembre 6: *(Cosas que han quedado dispuestas del tal modo)*

Ahora para mí amanece un día que no vi venir. Siempre había visto los amaneceres unidos a los despertares. Esta vez no fue así. Amaneció y no desperté, no podía hacerlo, es la consecuencia de no haber dormido, de no poder dormir, cosa que por otro lado no solucionaría las cosas. Luego, todo se ha dispuesto para favorecer

los imposibles y, a su vez, esos imposibles una vez vencidos, cosa que nunca podría suceder, no remediación nada. La solución no solucionaría nada. Yo estaría igual despierto si es de noche, si es de día, si no es ni de día ni de noche, si no es nada, sea lo que sea yo también estaría despierto y lo estaría por siempre, mientras los demás duermen defraudados yo guardo vigilia cuidando algo que ya perdí, cuidando seres que no me importan o no me importan. Soy responsable por las consecuencias. Pero yo mismo soy una consecuencia, entonces... soy responsable de mí mismo. Alguien me obliga a hacer estas cosas, alguien que es responsable por mi suerte y que parece no ser responsable ante esa obligación si no es para obligarme tareas que eran para él. En efecto, soy mi único amigo, de esto no gano nada, no conozco lo que la amistad es y no estoy dispuesto a aprender. Soy el que no duerme cuidándose a sí mismo de personas que nunca van a despertar. Así es, las cosas han quedado dispuestas de tal modo.

Noviembre 7: (*Del polvo*)

Entro de mi tierra al mundo. Los valles son de un color hermoso. Lo hermoso me hiere. En la escala de grises esto sería falso. Pero yo vengo de muy atrás y tengo que creer. Me veo obligado a justificar mi esfuerzo. He venido de muy lejos, del fondo de mi tierra. Tardé años en atravesarla. Vi civilizaciones desaparecer y nacer de los despojos de las anteriores. Vi como los cuervos dejaban sus alas y se hacían perros negros. Vi como las madres latían blasfemias, escurriendo una saliva pecaminosa desde los ovarios. Sentí el frío que mató a las bestias más grandes e hizo huir a los espíritus más poderosos. Resistí el fuego eterno, que creó las montañas y fundió las rocas de los acantilados. Vi llorar a Dios para crear los mares y los ríos y los lagos, ya que sus hijos morían de sed. Vi una mujer emerger de un pantano de semen, envuelta en la piel de un cerdo, enviada por esqueletos de niños abortados por mujeres vírgenes, desde el fondo del odio, tan majestuosa como un océano que se levanta y camina, de aguas grises y azafranadas, como la cresta de todas las olas. En la más oscura de las noches, esta mujer me dio

un hijo, que era mi hijo y era el hijo de todos. Fui, vine, regresé, siempre moviéndome por una esfera, que se deslizaba de mano en mano, pagando favores que nadie hizo. Náuseas. Vomité un mundo, ancho y largo, redondo finalmente, hecho de bilis y recuerdos. Mis pies hicieron pedazos los caminos, los caminé con rabia, sin descanso, hasta no ver las partículas de polvo partirse en dos, en tres, en miles, duplicarse, triplicarse, coparlo todo, nublar, ahogar, cegar. Ahora la calle se me presenta como una novedad. Falso. Falso. Falso. Yo anduve por aquí cuando los primeros hombres aún dormían en los árboles, oponiéndose al hecho de caminar erectos. No vi estas alturas, ni estos fondos, antes prevalecía un sólo color, que devoraba a los demás. Tanto color lo hace todo hermoso. Lo hermoso me hiere la dignidad.

Noviembre 8: (*Erosión del útero, cavernas en la crisálida*)

Se mueve el suelo. Eso no es algo por lo que haya que preocuparse. Bajo él se hallarán otros tantos suelos que van a caer a su vez. Todo como parte del mismo movimiento. Hay que entender estas cosas de la mejor forma. Habrá que apartarse del primer lugar donde se estuvo, antes de todo, antes de estar, pero a cambio se obtendrá un nuevo lugar donde estar tan confortable y reconocible como el anterior y al que no habrá que adaptarse, será exactamente igual. Y es en esta condición que se funda toda la lógica del movimiento. No hay movimiento. No hay caída, sólo la sensación, sólo el impacto y el dolor. Al levantar la mirada, esto no se podrá hacer sin antes haber escupido sangre y respirar conmovido el nuevo aire, se podrá ver la abertura que se cierra y que nunca volverá abrir y de la que aún gotean algunos fluidos. Lo que sigue a esto se podrá confundir con oscuridad, pero no lo es, es sólo ceguera. Esto podrá molestar un poco al comienzo, pero la costumbre prevalecerá sobre el color y se hallarán nuevas formas de ver las cosas. Habrá tantas cosas que mirar como tiempo haya para hacerlo. Pero no habrá que alterarse, esto es pura apariencia, no es color, no es imagen, es el suelo que se abre y se traga el movimiento. Los recuerdos de esta parte pueden ser un poco confusos y terminan cuando se

abren los ojos ciegos para constatar que el cielo se cierra por completo para no admitirnos nunca más. Esto puede ser molesto, pero para no acabar con toda esperanza existe la posibilidad de creer que ese cielo que se nos cerró es el mismo suelo que nos devorará tiempo más tarde. No. Es imposible, jamás podríamos pensar eso. El movimiento es demasiado rápido.

Noviembre 9: (*La secta del único miembro*)

Veré la luz cuando haga justicia. Seré el castigo de los santos que delataron el destino del universo. Mis ojos son teclas de un piano de carne que reacciona a la luz con una canción sorda. Seré la canción de despedida. Seré el hombre, seré la placenta, seré el óvulo y la esperma. Me fecundaré y me daré a todos en proporciones iguales. Seré el equivalente a un juicio, daré por justo lo que considere justo. Mi palabra será la palabra exacta, la única. Recorreré por última vez la tierra, recogiendo los que se han quedado atrás, a la cabeza de una procesión tan larga que el primero podrá sostenerse con la espalda del último. Seré la sorpresa al doblar el camino, seré la curva cerrada que debilita, seré la dificultad. Seré el único en la última misa, en el último juicio. Juzgaré, juzgaré, juzgaré. Seré el último adiós, la canción de despedida.

Noviembre 10: (*Sífilis*)

Nadie me dará la mano sin pretender que le regale las uñas. Hay un interés oculto tras cada interés oculto. Las variables son infinitas. Se pueden portar tantas máscaras, una sobre la otra, que al final uno se da cuenta que carece de rostro. No he nacido para hablar de eso, aunque por otro lado no he nacido para nada y ni siquiera sé hablar. Ahora, aún tengo autoridad para algunas cosas, aún soy la boca de algunas voces. Estaré libre de peligro, siempre que estas voces no sean mías y las tome como prestadas. Nada me pertenece, he profanado el verbo tener siendo un desposeído absoluto, despojado desde el útero del concepto de pertenencia. Mi condición se mostró así por consecuencia: no tengo donde

guarecer objetos propios y los ajenos me son arrebatados en el momento exacto donde empiezo a encontrarles alguna utilidad. Nada tengo para arriesgar ante los hombres, no soy sensible al robo ni a la estafa, no haré parte de ningún juego y no se me incluirá en las rutinas de diversión. Soy el que nada puede poner para el objetivo común; si me admitiesen, se verían obligados a cargar con mi cuerpo, lo que sería un inconveniente, entonces sería abandonado al empezar las subidas o en los tramos más difíciles, cuando todos están cansados y la presión de la gravedad incluye el peso de los planetas y los soles. Me dejarán y algunos voltarán a verme, murmurándole a los otros que hubieran podido utilizar mi piel para llevar cosas. Pero ya irán muy lejos. A mi favor es bueno recordar que no es necesario alimentarme, carezco de estómago. Eso es algo que hay que valorar. Subsisto con lo mínimo, las cosas que me abastecen son irreducibles, ya que están dentro del cero. No se me puede restar nada, pero, sabiendo ya que me sostiene el contrapeso, nada de lo que tengo se podrá multiplicar, sea el número que sea, aún el número más grande, el último, siempre será igual a nada. Nada.

Noviembre 11: *(Caída. Objeto. Cielo abierto)*

De mis ruinas conservo la habilidad de ser espejo cuando no tengo nada que mostrar. Puedo ser lo que mire, mi voz será la voz de quien escuche. Tal efecto es una tara. La disposición de las cosas se ha hecho respecto al desastre que se acerca. Los muros se han levantado cerca de los inválidos, para aplastarlos en la última caída cuando estos se arrastren hacia lugares más seguros. Algo de eso me pertenece. Aunque está claro que nada de eso lo he suscitado yo, es dado como verdadero que yo sea el emisario. Nada he dicho, ya que voz no tengo, pero mi sola presencia lo confirma todo. Ahora vivirán con el miedo, y ése es el primer paso hacia el desenlace final.

Noviembre 12: (*La pantomima*)

Blanco. Negro. Blanco. El hombre me habla... pero no tiene rostro.

Noviembre 13: (*Disangelio de la palabra*)

Soy un adjetivo. Me pondrán junto a las cosas para calificarlas. Doy matices. Soy el tono. Paso de agudo a grave en una lágrima, después al llanto y entonces seré un accesorio de la muerte. Siempre lo fui. Pero la memoria de los hombres carece de disciplina, de esa perversión llamada experiencia, el recuerdo martirizado, el error convertido en satisfacción, hecho soberbia. Así las costumbres se caen, y el llanto no se antepondrá a mi muerte, puedo prescindir de eso. Ahora debo esperar bajo otros supuestos, espero ante un destino diferente, incierto. Pero espero.

Noviembre 14: (*La carcajada y la lágrima*)

Puedo abstenerme de los placeres de la risa y el llanto a voluntad. Sufrimiento, compasión dividida en niveles de dolor por uno mismo. Alegría, extender la mano izquierda al que ha cortado la derecha, y hacerlo mostrando los dientes. Tristeza, superstición del tamaño de arrojar sal a las heridas para hacer el ardor más grande y la cicatriz más larga. Vicios todos, vicios. Amargan la sangre. He aquí el pecado original, la emoción, el sentimiento puro, primitivo, animal. Hay formas más complejas de caer, más dignas.

Noviembre 15: (*El mundo visto a través de la sangre*)

Mis ojos están a punto de colapsar, han dejado de profesarme obediencia. Se van. Afuera hay un mundo que recorrer, puedo hacerlo sin ojos, pero tropezaré, por cada paso tres golpes, me perderé, además, las sonrisas muecas de los niños que vuelven del mar y las palomas muertas frente a las iglesias. Me perderé el color. Entre el rojo y la ceguera, escojo el rojo.

Noviembre 16: (*Génesis ó viendo la luz a través de mis párpados*)

El sol está velado por una membrana peculiar, hecha de tejido y sangre.

Noviembre 17: (*Extraña mitosis*)

El sol es una célula preñada.

Noviembre 18: (*Reproducción*)

Hay tres soles.

Noviembre 19:

9 AM:

Hay un zumbido en mi ojo izquierdo, es luz. He matado. Recuerdo que a esta hora despertaba. Siento nostalgia por esas primeras horas. Ahora todas las horas son las últimas horas.

10 AM: Veo al estropeado y al leproso. Vienen bailando. Uno es torpe como un caballo que camina de espaldas y el otro se cae a pedazos. Me hacen sentir mejor. Sonrío. Nada me hace sentir mejor.

11 AM:

Soy el leproso.

12...

0:01:

No me muevo. Soy frágil. Mi cuerpo crece y se dilatada y amenaza con ser el vapor del agua que hierve. Soy agua hervida que se evapora y se pierde. Me desmaterializo. Soy una espora que fertiliza el viento, para hacerlo respirable. Me respiro a mí mismo. Vuelo sobre las praderas, me alojo en las flores de los pantanos, voy y vengo. Soy dador de vida, soy la semilla que ha lanzado el sembrador, soy una bacteria que se pega a la carne e incuba en los ojos, todo lo que se ve se ve a través de mí. Soy la muerte. Soy la muerte y he venido por mí.

0:02:

Veo un árbol. 105.527 hojas. 1.583 caerán hoy, serán carne de mi carne, serán mi tierra. He vuelto.

0:03:

Soy tierra. El árbol absorbe mi sangre y se dilata en mí. Sus raíces son las palabras que utilizó el buen Dios para construir el mundo y crecen en mi cráneo como se reproducen sus hijos, todos, todos los hijos del padre. Y entre ellos se levanta uno conciente de sus mentiras y hablando con mis ojos grita al resto: *¡Hay que cazarle, hay que perseguirle, hay que acorralarlo, hay que hacerle bailar a escupitajos, hay que hacerle rendir cuentas por esto y por lo venidero, no, no lo toquen, no coman de ese pan!* Pero ellos tenían hambre. Las mentiras fueron verdades y las otras cosas... ¡al río! Mentiras con las que fue hecho todo. De esas mentiras está hecha mi conciencia y mis raíces son la culpa y la lástima. Pero mis raíces se hunden en mí y, como poderosos brazos en venganza, se aferran a mi espíritu, lo inmovilizan retorciéndose a su alrededor, matándolo a medida que se hacen más fuertes para soportar más peso, más mentira; y mientras más crece el árbol, mientras más desea llegar al cielo, más aplastan mi alma, estrechando el círculo que me atrapa, desde adentro, desde mí mismo.

0:04:

Soy el árbol. He muerto. De mí harán estacas para clavar a los niños que nazcan. Siento. Pienso. Imagino. Imaginar es poner el cielo en el suelo. Caminar sobre él. Mirar hacia arriba y no ver nada. No hay nada, el cielo está en el piso. Ser difícil de ubicar es el último propósito antes de morir. Las miradas no se deciden, ¿dónde estoy? Nadie lo sabe, yo lo sé, no lo recuerdo, pero lo sé. Nadie encontrará mi cuerpo. De mí no podrán sacar nada. Soy el árbol y acabo de recibir el primer golpe del hacha. Soy el árbol y mis raíces se pudren. Soy el árbol que quiso llegar al cielo y murió de frío, tan alto y tan solo.

0:05:

Sembraré en mis tierras el odio y vendré a mí mismo como un enemigo.

0:06:

De mi cuerpo caído se alimentará la tierra largos años. Las plantas rastreras me cubrirán los genitales y seré estéril. De mí no nacerá nada, mi cuerpo será abono, sólo eso. Seré madriguera de animales pequeños, mi esqueleto, un laberinto en el que es imposible perderse. Pasará un tiempo, mi forma no se alterará a sobremanera. Mi interior, abastecedor de prejuicios y carnes blandas, será visitado por muchos, algunos se hospedarán, pero nadie se quedará. Seré un lugar de paso y en mí vivirá un recuerdo que se transforma cada día, con cada llegada y cada abandono. Llegará el momento en el que me secaré, los animales que antes se aventuraban en mis vísceras dejarán de llegar y seré finalmente devorado por el matorral. Seré una planta trepadora y lanzaré mi semilla desde lo alto. Seré el águila de los mares, seré el pez que dicha águila cazó, seré el anzuelo y la carnada. Algún día de esos también, mientras me encuentre cambiando de forma, adaptándome a un nuevo cuerpo, mi espíritu se secará como se secaron mis carnes y caeré definitivamente en un hoyo, en una profunda fosa común, junto a todos los cuerpos que ocupé, miles de ellos, millones, y yo, entre ellos, debajo de ellos, sobre ellos, rodeado, completamente rodeado. Solo.

0:07:

La lengua de los últimos ángeles se ha callado. Sus alas bajan por los que quieren salvarse. Al bajar se encuentran con un mundo sin forma. Y no hay quién reciba las alas.

0:08:

Los días se irán lejos, los veré en la distancia. Seré el ser que no envejece, el asesino de niños, el que se afirma en la vejez como se afirman los clavos a Cristo, que ahí ah quedado, confinado al tiempo eterno, y no envejece, y no envejece. Me iré después a la tierra de los míos despojado de todas mis habilidades. Me arrastraré, caminaré, correré, volaré. Llegaré al tercer día, tal cual llegan todos los castigos. Soy justicia. Tomo formas que los hombres desconocen, me hago sentir, toco, huelo, sueño, me veo. Soy un aroma policromático que se filtra por los oídos. Ahora me

expando, nada me detiene, sólo lo vasto del espacio que he de ocupar, tardaré años, habrá tiempo para todo, incluso habrá tiempo para que los tiempos se acaben, para que descubramos cuál es el último número, para vernos obligados a tomar como referencia las palabras para medir la duración de nuestros actos; una sílaba se bastará a sí misma para vivir toda la vida de un hombre, palabras más extensas equivaldrán a generaciones enteras, con sus muertos, sus ritos y sus taras. Perfeccionaremos nuestro arte y habrá oraciones tan complejas que finalmente nos llevarán al momento exacto donde el tiempo sea un sólo instante.

0:09:

Los atardeceres se interponen entre mi cuerpo y la noche y como vestigio de mi lejanía queda un cráneo de cenizas en el que las proles beberán el anís de la imperfección. Volverán a sus cavernas y con mis manos como antorchas ciegas recorrerán el *sincamino*. Llegarán olorosos a cerveza, con las botellas vacías, ante sus rabias y sus pecados y serán como insectos confundidos anidando en un vaso de veneno en el que sus hijos nacerán muertos.

0:10:

Quiero salir. Quiero poder quedarme cuando convenga quedarse y salir cuando convenga salir. Quiero poder decidir mi ubicación, quiero poder cerrar mis ojos y mantenerlos así mientras me anulo y me voy y sonrío y sueño y descanso. Quiero ser como una piedra abandonada a la orilla de un río, que descansa estática e ignorada, pateada a veces, es cierto, pero pateada con respeto, con temor, bajo la amenaza de romper los dedos y quebrar las uñas. Quiero ser un lago, pacífico y azul, que se mece con el viento y puede matar a quien lo invada con una ola inesperada, quiero ser la ola que quiere alcanzar la luna, quiero ser la luna y ver todo desde arriba, sin que nadie pueda tocarla. Nadie.

0:11:

De mi pasado queda una sospecha. Vengo de situaciones improbables, que pudieron pasar como pudieron no haber pasado. Hombre de recuerdos inciertos, puedo imaginar mi pasado, extenderlo sobre el presente, proyectarlo al futuro, y más allá. Nada le

será negado a mi memoria. Cuando vea un hermoso monumento podré decir “eso lo hice yo” y mi memoria no opondrá protesta. Las buenas acciones también cabrán en este rango, habré amado a todos por siempre y desde siempre. Pero moriré, esta certeza se ha vuelto recurrente, y todos estos recuerdos falsos se quedarán aquí, enterrados hasta que alguien venga por ellos y sepa darles alguna utilidad. Adonde sea que vaya lo haré solo y con mis verdades, perderé la habilidad de mentirme, seré despojado de toda mi astucia y me veré reducido a lo que soy, sin las extravagancias que me he sabido dar, sin vestiduras, sin desnudez. Ya muerto no tendré a quién engañar, así que tal situación no representa, en apariencia, perjuicio alguno. Así las cosas nada temo respecto a esto después del último día. Nada temo excepto la nostalgia. ¡Ah! ¡Qué larga será la espera por una vida que ya se fue y no volverá más! ¡Cuán grande será mi esperanza! ¡Cuán grande la frustración y el desencanto! Extrañaré tantas cosas:

- * La mano que se estira, sucia y temblorosa, buscando mi amistad sincera.
- * Mi irrefutable no ante tal propuesta.
- * La gente que se acerca sin ofrecer la mano.
- * La gente que da la espalda.
- * Las espaldas, todas las espaldas, dadas o negadas.
- * Los perros.
- * El aliento de la gente que me odia.
- * El olor de los gritos de las mujeres heridas.
- * Los animales que vuelan a ras pudiendo hacerlo sobre las nubes.
- * Las nubes que no se derrumban, que se mantienen allá, firmes, con su forma de nube, sin perder la compostura, reteniendo el agua, viendo como abajo nos morimos de sed, disfrutándolo.
- * Los niños y la soledad de sus almas inocentes, incapaces de amar, de sentir piedad, piedad.
- * La nulidad, la paciente espera del alba.
- * Despertar, sobretodo, extrañaré despertar.

0:12:

Al gritarle al suelo el techo que me sostiene me gotea de a gritos. Me lluevo hacia el nido que me mantendrá caliente mientras el calor del asfalto me acoja. Soy un charco sobre mi cama. Desde ahí veo que mi ventana no corresponde a ninguna forma geométrica de las que ha dispuesto El Señor. Desde mi lecho se ve que el espacio es suficiente como para que yo pueda salir por ella. Al acercarme ni siquiera puedo sacar la mano y los ojos empiezan a sangrarme. Roja es la mesa, rojas mis uñas, rojo el sol. Rojo.

0:13:

Al llegar a la sala del congreso no pude más que caer sentado en la alfombra y ver como me hacía de su mismo color ausente. Como el manto de colores muertos. Allí sentado, esperando por el hombre *justo* tuve la visión del día de la partida. Más allá de las despedidas y del juicio cerrado en el salón eternal pensé en mis manos, pensé en mis miedos, en mis pasiones y en mis mansiones, en la zoofilia, en el incesto con mi propia mano hermana, en la abominación del presente antiguo, en las secuelas del pasado irrecordable y en el imposible porvenir. Adoré las paradojas, el infracolor y el supratono, la ambigüedad arrecha, el malparir de las angustias, la masacre de los inválidos pensamientos. Acaricé a Dios, que me miraba desde las cavernas, que habitaba en el subterráneo morir. Me sentí animal y quise ser el cerdo que le sonrío al padre cuando hace algún comentario de los otros cerdos. Quise ser el cerdo y entre las cáscaras que me dieron a comer vi la muerte y me despellejé el hocico de sopor. Quise ser el cerdo y fui su comida, la del padre, la del padre cerdo ante el último congreso en el salón eternal.

0:14:

Sangre roja sangra, roja sangre roja sangra, roja sangre roja. Roja.

0:15:

No pasa nada.

EL EQUILIBRISTA

EL ENIGMA DE LA ASCENSIÓN

Llegué.

Un ligero aire me llena de rabia ante las alturas. Soy. A buen seguro no cabría en mí lo que hace a alguien existir. Me sé menos que ese término. Me sé más que sus consecuencias. Soy más que ser. Estoy más arriba de la misma idea de estar. Irremediablemente, estoy. Me obceco con no estarlo. Me niego a estar. Repudio el tener que mirar hacia abajo para referirme a las cosas, para ubicarme. El inconformismo se pasea ante mí. A veces se aleja pero siempre regresa por mi espalda. Yo estoy siempre de pie, siempre pretendiendo estar sentado y aún así sin donde poder descansar. Las cimas son insoportablemente estrechas. Sólo hay espacio para los pies y sólo hay lugar para un par de ellos. La soledad es la condición única. Si uno se mueve se cae. No se puede caminar. El espacio para la reflexión es inexistente. Todo acto se reduce a mirar hacia abajo y callar. ¿Para qué tan descomunal esfuerzo para subir si al ascender lo único que se alcanza es una cúspide carente de toda comodidad?

Tras el sol parece no haber más luz.

Por primera vez desde que llegué aquí miro hacia arriba. Sólo

se alza sobre mí una gran cruz. Sus extremos laterales se escapan por los bordes del cielo, el superior se eleva hasta que la palabra anterior no logra corresponder a su altura, el de abajo se clava en lo más profundo de la tierra, aunque la superficie de ésta está tan lejos de mí que únicamente lo presumo. Presumir, callar y esperar parado.

EFEMÉRIDE I

...Vemos dioses cogidos de las manos, caídas, lluvias fatales, pájaros que lloran. Oímos adioses, silbidos de agua. Olemos la humedad, hu- me- dad. Respiramos agua, nos ahogamos, cada gota, cada maldita gota, cada respiro que se malogra. Nos acordamos del sol. Seguramente desde arriba se verá más grande. Somos minimalistas. Se nos olvida el sol. Nubes. Hay nubes. Caminamos sobre ellas. Buscamos el sol. Pero el sol no nos importa. Buscamos la luz. Vamos tras el brillo original. No queremos luz para ver cosas. Hay muchas y estamos indecisos. No queremos ver nada. Tan sólo la luz. La luz. La luz pura, no su reflejo en las cosas. Somos hijos de la luz. Pero estamos conscientes de la ausencia de ésta. Somos bastardos. Bastardos que vagan por las nubes buscando algo que no ven y que sólo presumen que tal vez estará más arriba. Somos bastardos pero somos bastantes. Así las cosas no somos pesimistas. Lo sabemos, alguno de nosotros llegará.

LA MAYÉUTICA DE LA LUZ

Ahora miro la cruz y espero. Me cobijo en su sombra. Pero ésta es lo bastante delgada como para dejar la mayor parte de mi piel a las líneas calcinantes que bajan del sol. El sol me está matando, ¿para qué subí? Las palabras se han diluido en una

ciénaga sin voces, seca como el verano, turbia, y en cuanto más limpia más vacía. Me poso en un sólo pie. La forma de mi sombra sobre las laderas se transforma, me aterra más este hecho estético que saber que estoy una mitad más cerca de desprenderme de la cúspide. Estoy en dos pies nuevamente. Hablo y pido. Pido y lloro. Lloro y pecho cuando lo hago rogando, porque peca el que se lamenta de haber vencido. Escupo para arriba buscando herir un sol que no alcanzo a ver. Grito con él. Callo. Conozco su lenguaje, he llegado al vórtice de su corrupción. Él se limita a brillar. Lo desafío. Me incrusto en su lógica. Me encuentro ante un sistema de maquinaciones. Grito su farsa, descubro su engaño. Pero sé que él, el más voraz de los estrategas, está tan lejos que sería ridículo pensar en que me escucha. Su lengua natural es la del fraude, y su feudo una esfera ya marchita en la brotan aquellos siervos postrados, con las rodillas atadas al yermo que les dieron por mundo.

¿Ir hasta el final de pie y caer ya muerto, sin notar siquiera el descenso, o bien, dejar que el hecho de llegar a terrenos bajos sea premeditado y poder gritar a los que ahora levantan sus rostros para verme que no cae quien odia las alturas?

Sé también que el frío es un artefacto para que no se note que a tan colosal altura me estoy quemando. Pero luego se está tan frío que tocarse es quemarse. En ese momento, imposibilitado del propio cuerpo, cuando el mismo espíritu es incorpóreo, la creencia de una fragmentación infinitesimal da una falsa redención del dolor. Hago implosión como un haz de luz introspectivo. Soy tan liviano, que mi mismo ser especula entre ser gaseoso o espectral. A sólo un movimiento de la liberación se desmiembra esa masa fofa y babeante que llamaba escape y un viento que me asalta, se incrusta, se transforma y se larga me recuerda que aún respiro. Entonces, aquellas piernas flácidas encadenadas a este cuerpo perdido me empiezan a doler como el dolor mismo nunca ha sufrido un dolor. Tras vivir en el delirio empiezo a conocer mi fisonomía y mi situación.

Encerrado en la punta de un alfiler.

Sucumbiendo ante esa luz que desde abajo se creía redentora.

Dilacerando mis carnes hasta que el mismo hueso se ha hecho ya polvo.

Al igual que un anacoreta furioso, desencadenado contra el mundo, precipitando su rabia contra sí mismo, me hago ruido que se consume y estalla y vuelve a quedar reducido a una cima que desprecia. Me desgarró la piel desde adentro al ver hacia arriba y hallar un soliloquio donde hay espacio para un diálogo. Los gemidos de esta luz que quema son una sola herida. El sol se ve más arriba cada amanecer. Su furia contra mi espíritu invertebrado, carente de toda estructura, arrasa con lo poco que me dejó la ascensión. El sol, el más falso de los sofistas.

EFEMÉRIDE II

...Un ángel crepuscular, corrompido en los cielos, vuelve sobre la estela de plumas infecundas que dejó al bajar. Las alas no nos alcanzan para seguirlo, las nuestras están estropeadas y no podemos volar más que para descender. Nos arrastramos por una pendiente que podría ser un abismo; y si miramos hacia atrás para ver lo que hemos avanzado desde que nos veíamos en el suelo sólo es para evitar que tal abismo acabe por estar dentro de nosotros; y si eso pasara, sería forzoso evitar todo pensamiento que provoque ensimismamiento, ya que esto sería caerse dentro de sí mismo y esta caída no tendría fin debido a que el objeto que cae es el mismo objeto a través del cual se cae, lo cual le daría a dicho objeto la capacidad de repetirse indefinidamente a sí mismo, llegando y yéndose en la misma medida y en el mismo momento, lo que supondría que nunca se desplazó por primera vez porque cuando estaba haciéndolo también estaba dejándolo de hacer; y cómo podría detenerse algo que nunca entro en movimiento. Así las cosas... ¿Elevarse? Inmemorial delirio que nos desmiente. Sabemos que el acto de subir es una circunstancia inevitable para caer. Entonces,

si se piensa en términos de equilibrio total, un acto que antecede a otro sería, más que causa, parte indivisible del acto mismo, lo que daría cabida a la idea de un movimiento continuo en el que todos los elementos gozan de la misma importancia, dado que la existencia de uno implica la del otro. Luego, no se sube si no es para caerse después. Esta sucesión equivaldría al movimiento continuo. De ahí que arriba sea lo mismo que abajo y que estas dos cosas – pudiendo de hecho coexistir sin agredirse la una a la otra– estén por fuera de toda categoría geográfica, perdidas en cualquier plano dimensional y ajeno a cualquier particularidad que pretenda diferenciarlas...

AÑORANZA DEL PISO

Querer no puedo, si es por obligación, que mi arrepentimiento por lo mucho que tuve que dar para obtener lo poco que tengo me haga querer no querer más cosas ya. Tampoco deseo volver a empezar. No había otro camino para llegar acá, ni otro lugar para llegar que éste. Pero he pensado y, no sé, tal vez la rabia y la impotencia me hagan equivocarme, he pensado que tal vez tenía la opción de no hacer nada, la posibilidad de quedarme quieto. Quieto, así, quieto como estoy ahora. Quieto, así, quieto y sin querer nada. Sin querer nada pero sin remordimiento. Entonces, después de suprimir cualquier deseo, me empiezo a preguntar qué haré con todas mis virtudes y adónde arrojaré mis defectos. Dado que no quiero nada me son ahora inútiles. Aunque si lograra deshacerme de lo que soy todavía habría lugares por donde desplazarse; la gravedad podría afectarme, otros podrían empujarme, hacerme a un lado como si yo me hubiera movido. Pero todavía estando vacío noto que aún conservo mis piernas. Luego, me puedo mover, así me haya desecho de mi mismo. Es difícil no moverse cuando se está en la intersección de infinitos caminos y se tiene un par de piernas para caminar cualquiera de ellos. Es difícil, aún si uno no quiere nada

y se encuentra completamente paralizado a voluntad propia. Pero creo poder controlar todo. Mis piernas no me preocupan, luego me desharé de ellas. Eso tendrá su propio momento.

EFEMÉRIDE III

Hemos estado hablando, de cosas. No queremos repetirlas. Tememos que si así lo hacemos terminemos por creerlas. Todo lo que dijimos, todo lo que pensamos antes de decir lo que dijimos y todo lo que pensamos después de decir lo que dijimos causó en nosotros la más grande vergüenza, no ante nosotros, sino ante las palabras que utilizamos para todo esto. Siempre hemos respetado los códigos de entendimiento. Respetamos ciertas cosas. Entre ellas nuestras palabras. Por eso mismo nos avergüenza tanto reanudar desafortunadas conversaciones ya casi olvidadas. No queremos mezclar las palabras con la sangre. Se manchan. Ya se han manchado antes, tanto que ya hay palabras que no podemos volver a pronunciar porque las hemos destrozado totalmente. Así que, atados a un lenguaje estropeado por nosotros mismos, nos vemos obligados a llevar las cosas con suma cautela. Debemos cuidar nuestras palabras, no tenemos otras y sin ellas estaríamos perdidos. Pero por qué nos preocupan tanto. También es fortuito dar con la respuesta. Ellas nos ubican, nos existen, nos dan un lugar allá, acá y en nosotros mismos. Las requerimos para llegar y llegarnos, para nacer y para repetirnos. Esta dependencia se funda en múltiples motivos sólo existentes para nosotros.

“Irse es llegarse a otro yo”

“Volver es regresar al momento mismo en que se partió”

“Caminar es la suma de innumerables momentos de absoluta quietud, apariencia de la gravedad”

“No moverse es caer por dentro, acción de la gravedad”

“Moverse es paralizar el orden natural del movimiento externo, ajeno a nosotros mismos, ausencia de la gravedad”

“Morirse es una antesala al movimiento final, núcleo de infinitos movimientos posteriores, el único ascenso”.

No tenemos concepto de espacio, no ocupamos ninguno. Pero tenemos reservado un lugar allá, más allá del cielo, en un terreno que nadie ha pisado. Nos afecta en la dignidad el hecho de movernos. Avanzamos, vamos, te- ne- mos- un- des- ti- no. Pero ¿Dónde se encuentra tal cielo? Arriba, arriba... Eso no puede ser.

¿Arriba, arriba...?... Creo que esa palabra también la hemos estropeado...

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

CONVERSACIÓN EN LA VENTANA

Si pudiera alcanzar la ventana, pero está muy alta, tendré que ocuparme de algo más, intentaré mañana. Mañana. Tal vez.

- ¿Quién es?
- Soy un anatema.
- ¿Un anatema?
- Sí, eso mismo.
- Ummm... bien por usted.

Hoy vuelvo a concentrarme en la ventana. No la veo bien, no tengo ganas de hacerlo. Se me está secando la piel, ya no soy mestizo, soy blanco, como mi abuelo, pero no me gusta el blanco, se ensucia muy fácil y esta pieza está muy sucia. Sé que se puede ir la luz, de hecho estoy esperando a que eso suceda, no pretendo evitarlo, sólo espero.

- ¿Tiene alguna religión?
- Mis padres, tal vez, no sé, supongo que soy católico.
- ¿Le gusta?
- ¿Qué?
- Ser católico.
- No sé, tal vez, ni siquiera sé si lo soy.

- ¿Ha ido a la iglesia?
- Cuando me bautizaron.
- ¿Esa fue la última vez?
- Creo que sí.
- Entonces no es católico.
- ¿Por qué?
- Porque los católicos van a la iglesia.
- Supongo que tiene razón, no soy católico.
- Pero está en lista.
- ¿Cuál lista?
- Está bautizado.
- Eso no importa.
- Sí importa, cuando Dios llame a su gente dirá su nombre, y usted tendrá que decir “aquí estoy padre mío”.
- Y me llevará al cielo, pensándolo bien, tal vez quiera seguir en lista.
- ¿Cree en Dios?
- No sé, supongo que sí.
- ¿Le ha orado?
- La verdad, no.
- ¿Le ha ayudado?
- No sé, no.
- ¿Alguna vez lo ha escuchado?
- No.
- Sí no lo ha escuchado cómo podría existir.
- No sé, podría haberlo visto.
- Sólo existe lo que se puede oír, los ojos mienten.
- ¿Y los sordos?
- Los sordos están solos.
- No sé, tal vez tenga razón.
- ¿Entonces?
- ¿Entonces qué?
- Dios...
- Tal vez no exista, no sé.
- ¿A qué cielo lo va a llevar entonces?

- A ninguno supongo.
- Debería excomulgarse.
- Bueno, me podría ayudar usted.
- ¿Yo?
- Sí, es un anatema.
- Ni lo piense, no podría hacerlo yo.
- ¿Tiene radio?
- No.
- ¿Por qué?
- No lo necesito.
- Escucho una música.
- No tengo radio.
- ¿Entonces de dónde sale?
- Alguien la toca.
- ¿En dónde?
- Aquí
- ¿Aquí?
- Sí.
- ¿En la pieza?
- Sí.
- No veo a nadie.
- No se trata de ver, sólo escuchar...
- Ummm...
- Me quiero callar.
- Claro, cálese...

Y me callé. Al mirar al cielo, a través de la ventana, veo unos pájaros que vuelan, traen algo en las patas, como cabellos de mujeres, las mujeres que nunca amé. No se escucha nada. Las personas pasan silenciosas, se estrellan entre sí, muchas veces abruptamente, nada de esto escucho. ¿Cómo sabré cuando lleguen por mí? Todo se va hilvanando en una insoportable afonía. Entonces deseo nunca haberme callado, ahora no oigo nada.

- ¿Escucha algo?
- ¿Algo cómo qué?

- Algo como a mí, ¿me escucha?
- Si no lo escuchara cómo podría responderle.
- No sé, tal vez imagina que lo hace, y también imaginando me responde.
- ¿Por qué podría yo ser capaz de algo así?
- Usted supone muchas cosas, mi propia existencia.
- No sé si existe, tampoco lo supongo, pero lo escucho.
- Yo no.
- ¿Usted no qué?
- Yo no me escucho.
- ¿Cómo habla entonces?
- Muevo mis labios según lo que pienso decir, pero no sé si eso es lo que escuchan los demás.
- Pues creo que no lo sabrá nunca.
- Tal vez esto no esté pasando.
- Tal vez...

Ahora a la llegada de la oscuridad se suma el silencio. No escucho ni mis propios pensamientos, sé que los tengo porque los provoqué y conozco sus formas, yo mismo se las he dado, a lo creado formarlos para reconocerlos, así debe ser. Así, de esta forma... para no perderlos, para saber dónde están, para que no se extravíe la noción primaria, la que los origina. Tengo ideas, entonces, puedo pensar, así no estaré solo, en esta pieza. Estaré reflexionando en algo ¿En qué? No sé, sólo sé que así será. Así el tedio pasará desapercibido, hasta me puedo distraer pensando y no necesitaré a nadie, podré prescindir de compañía, después, estaré eximido de añoranzas, no extrañaré a nadie, así la soledad será sólo una condición, un estado como cualquier otro. He tratado de hablar solo, pero llevo tanto tiempo aquí que creo que he perdido la facultad del habla, pero anhelo comunicarme, es una necesidad, porque sino ¿Para qué pienso si no puedo expresar lo pensado? Es verdad, uno crea para posteriormente mostrar, aunque, no hay nadie ¿A quién se lo enseño entonces?

Esta cuestión me deja una preocupación más grande todavía ¿Se puede hablar de soledad si únicamente se existe para sí? O ¿Se está solo si sólo uno existe?

- ¿Puede asegurar su existencia?
- ¿Puede asegurar la suya?
- Le pregunto a usted.
- ¿Cómo puede cuestionarme eso si duda de mi existencia?
- ¿Cómo podría responderme si no existe?
- Eso ya está discutido.
- Podría ser.
- Sabe usted...
- ¿Qué?
- Quisiera preguntarle algo.
- Hágalo.
- ¿Cuántas personas hay aquí?
- Eso no importa.

Es lacerante estar encerrado. La ventana reduce su tamaño, ahora sólo es un foco de luz que alcanzo a atisbar pero que no me alumbraba. Me pregunto ¿Estas paredes me encierran a mí o encierran al mundo? ¿Me circundan a mí o circundan el universo? Visiblemente ahora eso ha replanteado mi condición aquí, y, suponiendo que otros existiesen, me pregunto si sentirían lo mismo, si estarían tranquilos así, sin saber si se está dentro o fuera, sin siquiera poder asegurar que se está en alguna parte. Cuando se está solo, y sólo uno lo sabe, y se reniega del universo mismo, se reside en el vacío, extraviando toda facultad motora, no por ausencia de piernas sino por falta de caminos. Aún así, desgarrándonos por no sucumbir ante lo incuestionable, damos los primeros pasos tímidos por un espacio apócrifo, ascendemos pendientes inexistentes y nos precipitamos a abismos ficticios erigiendo así una mentira más desmesurada que la imaginación enferma que la sustenta. Tratamos de sentir, de sufrir, de alegrarnos, de caer, de cometer errores y, peor aún, resarcirlos. Como humanos nos hemos arrastrado por todas las edades

creyendo en algo, en dioses, procesos, instituciones, costumbres, y en el más ilusorio de los delirios, la evolución. Se camina así por el sendero anómalo que nos tiende nuestra propia ambición, la de querer creer en lo increíble, la de apretar una mano cuando escasamente podemos dar fe de la evidencia una mano propia.

- Todo está en silencio.
- Así debe ser.
- ¿No le preocupa esto?
- La verdad, me gusta el silencio ¿A usted no?
- No le puedo responder eso, ahora nada es claro para mí.
- Creo que nunca lo ha sido, no se ocupe de eso, sólo cierre los ojos y escuche el silencio.

Al reflexionar acerca de esto he caído en la zozobra, cualquier idea está predestinada como incertidumbre. No hablamos de afirmaciones sino de dudas, aún cuando se asevera se sospecha de lo ratificado, en algún lugar está aquella incógnita, si no fuera así no lo proferiríamos, nos lo callaríamos porque el asunto ya estaría resuelto. El ejercicio dialéctico pugna entre la suplica y la vanagloria de la propia ignorancia, más cuando ni siquiera se sabe si alguien está escuchando, si en algún lugar existe alguien que pueda hacerlo, si por lo menos existe alguien o algo. ¿Cómo hemos de separar las apariciones de un entorno habitado por iguales de una posible ausencia de todo ser diferente a nosotros mismos? Carecemos de la habilidad de leer el pensamiento y no podemos asegurar la total fidelidad de nuestros órganos auditivos ¿Cómo, entonces, asegurar que los demás también piensan como nosotros y que no es algún defecto en el oído el que produce la idea de estar escuchando, que no es algún desvarío mental el estar viendo a los que tales palabras profieren? En medio del frenesí de la soledad parimos y parimos ideas, que luego intentamos formar para darles algo de coherencia, acaso un poco de estética. Pero la soledad es insoportable y comienza a asomar sus síntomas desde la misma fase de gestación. Entonces, mientras se proyecta un mundo que

recorrer, pensamos en que sería este universo imaginario menos fastidioso si no fuéramos los *únicos* que marchásemos sobre él, creamos entonces otros andariegos con quienes disertar sobre nuestras propias creencias, esculpimos contradictores para que nos blasfemen y así consumir esa pluralidad que se nos antoja tan real como entretenida. Se da vida entonces a una procesión de espectros cuyo vórtice es aquel que los creó. Perdemos todo estado de conciencia, nos mueve ahora el ánimo del subconsciente y esa misma inconsciencia se bifurca para reemplazar así la sección de la dualidad anteriormente hemos extirpado. Nuestra novicia conciencia ha dejado de ser ficticia, porque sin memoria que recuerde a aquel unigénito de la creación se hacen tangibles e inobjetables las figuras postizas que moldeamos con la arcilla que extrajimos de las playas de algún paraje de nuestro cosmos inmaterial. Nos ocupamos en interactuar con los otros, ahora tan reales, y se pierde casi toda esperanza de regresar a nuestros orígenes. Transcurren en tal imaginario épocas, glaciaciones, apocalipsis y hasta creemos que podemos reencarnar, para volver a imaginar todo y continuar muriendo sin morir. Las costumbres como el patriotismo hacen que ese lejano Yo sea sepultado cada vez más hondo y que nos identifiquemos con los *otros* viendo en *ellos* la representación de ese nuevo Yo. Esta cautivante farsa se cimienta con el transcurrir de tales reencarnaciones y se muestra tan cierta que lo empieza a ser en verdad. Parece que sólo yo lo he notado, pero ya es demasiado tarde, la ventana ha desaparecido por completo.

ALEX STERLING

(Cali, 1981). El autor, estudiante de Comunicación Social de la Universidad del Valle. El libro que ahora se presenta en la Colección jóvenes Narradores es su primera publicación impresa, otros textos suyos han aparecido en la página web de la Escuela de Comunicación Social. Céline, Kafka, Rulfo y García Márquez hacen parte de sus escritores más importantes.



Programa ditorial

Ciudad Universitaria, Meléndez
Cali, Colombia

Teléfonos: (+57) 2 321 2227
321 2100 ext. 7687

<http://programaeditorial.univalle.edu.co>
programa.editorial@correounivalle.edu.co

¡ S i g u e n o s !

   [programaeditorialunivalle](#)